

# BOLETÍN

DE LA

## SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

DIRECTOR:

EL CONDE DE CEDILLO, Secretario general de la Sociedad.

AÑO VII

Madrid, 1.º de Noviembre de 1899.

NÚMS. 81

### EXCURSIONES

#### NOTAS DE UNA EXCURSIÓN

San Juan de Baños, Burgos, Pamplona, Tarazona, Veruela, Tudela, Tarragona, Poblet, Lérida, Huesca, Jaca, Santa Cruz de la Serós y San Juan de la Peña.

**B**IJUELAS de las excursiones organizadas por nuestra Sociedad, son otras que sus individuos llevan á cabo *espontaneamente*, impulsados por esa monomanía que no hace mucho llamaba un periódico *planomanía*, si no recuerdo mal, y que consiste en la afición al constante movimiento; clase de locura útil, que ha producido los Livigstone, Stanley, Nansen y otros mucho más modestos exploradores.

Tocados de este mal el veterano y notable artista D. Vicente Poleró, D. Rafael Gil, *furioso* viajero, y el que esto escribe, encontráronse casualmente este verano, y juntos organizaron un viaje, que no por lo rápido dejó de ser interesante. Y como es deber de todo excursionista de *pura sangre* consignar por escrito sus impresiones, siquiera sea por modo ligero y sin pretensiones arqueológicas, ni de ninguna otra clase, allá van las nuestras, de las que soy cronista por amable delegación de mis compañeros.

Programa obligado de la expedición era visitar el mayor número de cosas en el menor tiempo posible; y para

cumplirlo, fué de ver el estudio concienzudo y profundo de la *Gula de ferrocarriles*, más sobada durante el viaje, que Breviario en manos de fraile; el no hacer distinción entre el día y la noche para dormir, viajar y moverse en todas direcciones, y el prescindir, en fin, de las necesidades corporales, y hasta de las higiénicas más sencillas, si llegaba el caso y la curiosidad *monumental* apremiaba.

Á las ocho de una noche de Julio salíamos de la estación del Norte, y no muy bien dormidos, dejábamos el vagón, á las tres de la madrugada, en Venta de Baños. En aquellas cercanías está la celebérrima fundación de Recesvinto, y su visita formaba el número primero del programa. Trasladados al vecino pueblo de Baños, aporreamos puertas y despertamos vecinos, logrando ver, en primer lugar, la estatua de San Juan, curiosa escultura, mitad *postpagana* y mitad *prerrománica*, que familiarmente instalada encima de una camilla en casa del cura, y rodeada de flores de trapo y feísimas estampas devotas, luce su inocen-



te fisonomía de Júpiter degenerado.

Después fuimos á la ermita del santo. El respetable, pero no respetado monumento, es una incógnita arqueológica. ¿Cuál fué su planta primitiva? Acaso las tres naves que hoy se ven: la actual capilla absidal, otras dos laterales contiguas, y otras dos aún, ya derruídas, y cuyos arranques de bóveda se manifiestan en sendos muros laterales; es decir, tres naves y cinco ábsides. La planta así formada, resulta un tanto extraña; pero todavía lo es mucho más si, como creo supone un distinguido colega mío, no hubo las dos capillas intermedias, que hoy están cubiertas con bóveda de crucería, evidentemente obra del siglo XIII ó del XIV, y entre la central y las dos extremas quedaban unos espacios des cubiertos. Cuesta trabajo *crear* en esta planta, sin segundo ejemplar conocido, que yo sepa.

La nave central tiene columnas monolíticas, aprovechadas de otros monumentos; capiteles corintios degenerados y arcos de herradura, sobre los cuales se ha fundado toda una teoría arquitectónica premahometana. Pero en San Juan de Baños se ven las huellas de varias generaciones construyendo y reconstruyendo el monumento. De aquí todas las opiniones imaginables, desde la de que lo actual es lo fundado por el Rey godó Recesvinto, hasta la de que esta obra es una mixtificación de la época ojival, hecha aprovechando elementos distintos, entre ellos algunos árabes.

Felicitémonos de saber que la ermita es ya monumento nacional; dirijamos una ojeada al *balneario* de Recesvinto, y demos la vuelta á la estación por el *ameno* camino que conduce al pueblo. Café con leche (y moscas) en la fonda de aquélla, y al tren otra vez. Eran las siete y media de la mañana.

Estamos en Burgos. No se alarmen

mis lectores, que no voy á *descubrir* ni á describir sus monumentos, bien conocidos de todos. Tres días pasamos en tan hermosa población, rodeados de las atenciones de los amigos y consocios, siempre tan cariñosos y cada vez más amantes de su ciudad. Porque es de notar, como cosa simpática y poco común, con qué entusiasmo emprenden á diario los buenos burgaleses excursiones para visitar lo que conocen tan bien como nosotros la calle de Sevilla ó la Puerta del Sol. Con ellos vimos una vez más las iglesias de la parte alta de la ciudad, sus murallas y la Catedral, mil veces visitada y tantas admirada; y al segundo día, aniversario de la gran victoria de Las Navas, dirigimos nuestra curiosidad á las Huelgas, donde se exponían varios pendones de Lepanto, cuya relación con aquel hecho de armas no se ve á primera (ni á segunda) vista, y una Cruz de oro y pedrería, que dicen llevaba Alfonso VIII en la batalla del Muradal; pero que á nosotros nos pareció, por su finura y engarces, labor de un orifice del siglo XIV.

Estando en Burgos, no admirar otra vez la Cartuja, fuera pecado imperdonable. Á ella fuimos, y al penetrar en la hermosa y severa obra de Juan de Colonia, vimos á un lego que, con una escoba y otros útiles de limpieza, se ocupaba en los menesteres más humildes, olvidado de su hábito, que se nos mostraba muy necesitado de que con él se ejerciesen análogos oficios que los que el buen lego hacía en bancos y altares. Distraído en la contemplación de las maravillosas esculturas de Gil de Siloe, me había alejado de mis compañeros, cuando oí que me llamaban para presentarme al lego de la escoba. ¡Cuál sería mi sorpresa al saber que éste era el que se llamó en el mundo D. Francisco Tarín, abogado distinguido y meritísimo autor de obras de historia y literatura, tan galana-



mente escritas y copiosamente anotadas, como *La Cartuja de Porta Coeli*, *La Real Cartuja de Miraflores*, *Los retratos del Beato Juan de Rivera* y otras! Bien pronto la amena palabra y la instructiva erudición del lego hicieronme conocer que *el hábito no hace al monje*, á lo menos en aquella ocasión; y en mi fuero interno admiré el sacrificio de las humanas vanidades, que representaba el mostrarse ante nosotros, sin rubor, en tal guisa. El Sr. Tarín, que está haciendo el noviciado en la Cartuja de Burgos, nos sirvió de ilustrado *cicerone* y, después de despedirnos de él, comentamos, llenos de admiración, lo que la fe es capaz de inspirar y sostener.

Á la mañana siguiente, camino de Pamplona, y desde la estación de Huarte-Araquil, divisamos, en la cumbre del monte Aralar, la ermita de San Miguel *in Excelsis*. ¡De qué modo se iba nuestro pensamiento hacia la curiosa fábrica románica, que guarda el célebre frontal, notable obra de orfebrería y esmalte rhiniano del siglo XI, digna de figurar en un Museo, al lado de los de Basilea (Cluny), Silos (Burgos), San Ambrosio (Milán), y hasta de la Pala d'Oro (Venecia)!

Mas no era posible emprender la complicada excursión, mejor para águilas que para hombres, y con sentimiento vimos desaparecer en el horizonte la eminencia que sustenta aquel santuario, á tiempo que aparecía otra, que corona su cumbre con una construcción de bien distinto carácter; el castillo de San Cristóbal. *Dicen* que es una fortificación de primer orden; *cuentan* que con los medios de defensa allí acumulados estamos libres de invasiones; *aseguran* no sé cuantas cosas más. Pero escarmentados con próximos y dolorosos sucesos, miramos aquellas piedras con un sentimiento extraño, mezcla de amargura por lo pasado y desconfianza en el porvenir.

Si como dijo un crítico célebre, Sara Bernard es "un traje dentro del cual puede suponerse que hay una mujer", Pamplona es una plaza alrededor de la cual se ha de creer que existe una ciudad. ¡Qué plaza la del Castillo! Es el *coloseo* de las congéneres. ¡Lástima que los edificios que la circundan no correspondan en *calidad* á la *cantidad* de aquella inmensa área!

Nuestro programa de viaje establece que las visitas de las poblaciones comenzarán siempre por la de la Catedral (donde la hubiere, claro está). Cumpliéndolo, hacia ella nos fuimos. Estupenda impresión causa el pórtico corintio con que la refrentara D. Ventura Rodríguez; fachada que tiene algo de la del Panteón de Roma, cuando el Papa Urbano VIII la adornó con los dos grotescos campaniles que sus contemporáneos llamaban "las orejas de asno de Bernini". Esta comparación debe hacerse guardando las debidas distancias, pues ni el pórtico de Pamplona llega á la magnificencia del romano, ni los campaniles de D. Ventura alcanzan la fealdad de los del arquitecto *cavalier*. Y perdónenme este desahogo los incondicionales admiradores del greco-romano, pues si la fachada pamplonesa es obra realmente hermosa y bien trazada, no está en su lugar ciertamente.

Veamos la otra puerta de la Catedral. Por allí, dicen los buenos *cicerones*, entró Sancho el Fuerte cuando en 1212 regresaba victorioso de Las Navas, con el presente de las cadenas del Miramamolín. Claro está que esa entrada no pudo ser en la Catedral actual, comenzada en 1397; pero está más claro todavía que tampoco fué por esta puerta, de formas gótico-floridas, y hechura evidente de principios del siglo XV. *Por lo demás*, la referencia es cierta.

Penetremos en la Catedral, estudiando la sencillez de sus líneas, la cu-



riosísima é inusitada disposición del presbiterio y de las capillas absidales en ángulo y la magnífica verja del altar mayor, joya sin par de la rejería de la centuria décimaquinta. Y penetrando en el hermosísimo claustro, admiremos la bella imagen de la Virgen que decora el parteluz de la entrada y el curioso tímpano de la misma, cuyo mérito no está en la valiente composición y perfecta labor, sino en que *es todo de una pieza*: al menos tal es el criterio artístico del consabido *cicerone*. Veamos el refectorio de los canónigos, cuando estos hacían vida conventual; espléndida sala del más bello estilo gótico, y descorramos un velo que oculta una curiosa pintura mural del siglo XV, y corramos otro sobre otra pintura... de brocha con que han *limpiado* la interesante peana de la tribuna del lector. También ha andado la brocha por los muros de la cocina conventual, ejemplar el más característico que existe en España de tal género de construcciones.

Es de planta cuadrada, y sobre ella se elevan cuatro muros, que al llegar á cierta altura sustentan en los ángulos cuatro arcos que convierten en octogonal el recinto, cerrado por elevadísima bóveda, compuesta de ocho témpanos de cilindro, que no llegan á unirse, sino que forman en el vértice una chimenea para la salida de humos, que también la tenían por los respiraderos dejados por los arcos de ángulo que he citado. Esta construcción parece ser, por sus caracteres, bastante anterior á la Catedral.

Pero en ésta hay que ver algo más que el edificio. Todos tienen noticia de a renombrada arqueta de marfil de labor arábica, fechada en el año 1005 (395 de la Hégira). Preguntemos por ella al guardián que nos sirve (aunque mal) de *cicerone*... Parece que hay serias dificultades para obtener lo que pretendemos, pues la tienen bajo llave,

que guarda el Canónigo fabriquero. ¿Accederá á nuestro deseo?

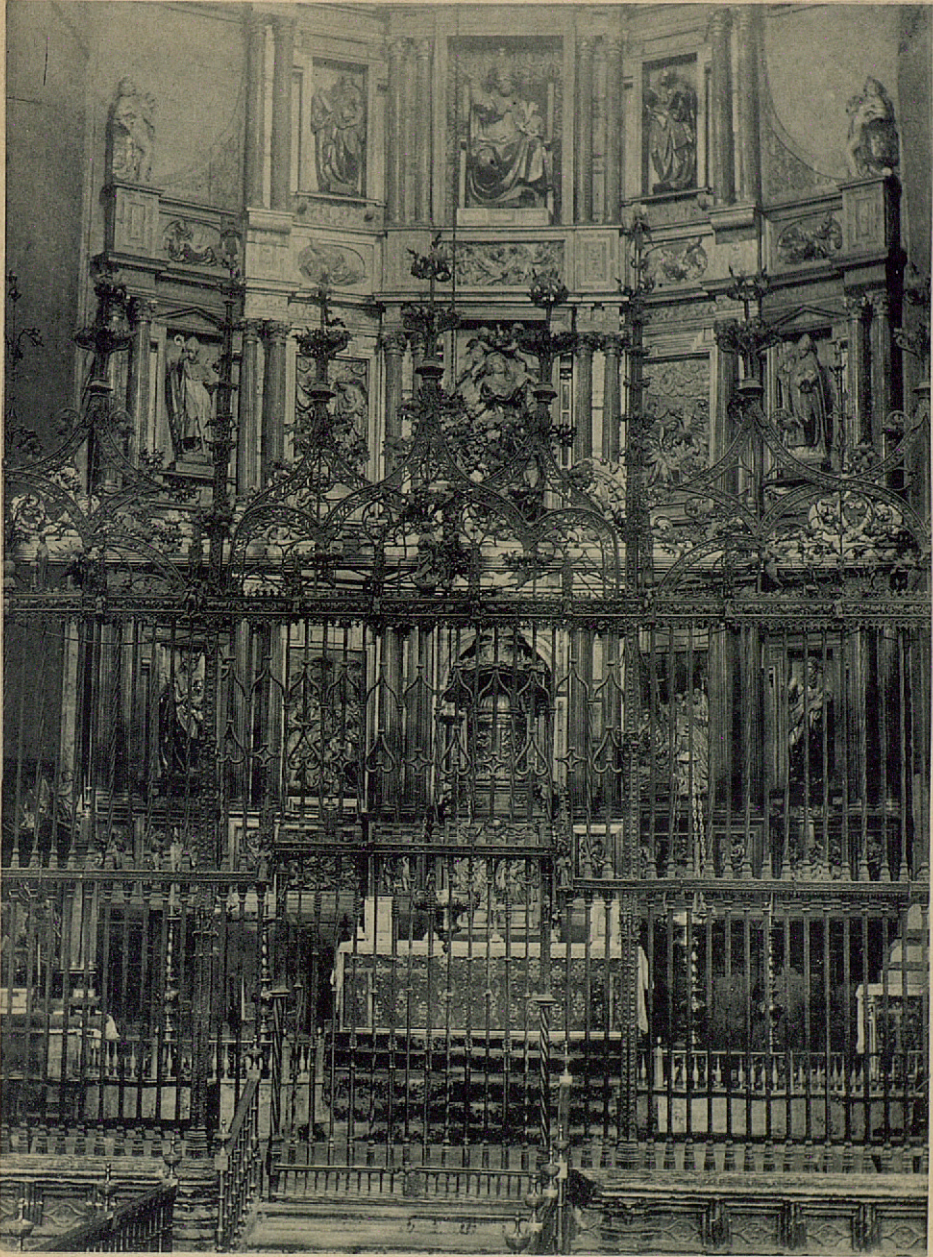
Amabilísimamente lo oyó este señor, y con la mayor galantería mandó sacar la célebre arqueta, y ante ella departimos acerca de su hermosa ornamentación arábica, en la que debe admirarse el buen gusto en el trazado y la elegantísima ejecución de la hojarasca, figuras y alimañas, inspiradas todas en el arte persa, aunque pueda asegurarse que salió de la mano de un artista del Califato cordobés.

El señor Canónigo da nuevas órdenes, y por ellas ponen ante nuestra vista dos hermosísimos relicarios. Es el primero un elegante baldaquino ó templete del más puro estilo gótico, bajo el cual varias delicadas figuritas rodean una caja á modo de sepulcro que contiene las reliquias. Parece obra de orfebros franceses del siglo XIV. La otra pieza, es un maravilloso *Lignum crucis*, ante el que resultan insignificantes y vulgares cuantos elogios se le dediquen. Se compone de un pie cincelado y decorado con escenas de la Pasión, en esmalte *incrustedo*; y una Cruz central, caja de la santa reliquia y dos laterales, donde se representan, en esmalte, la figura del Crucificado. Una de estas dos Cruces es á todas luces imitación mediocre de la otra, verdadera joya, que debió pertenecer á otro relicario y se aprovechó para éste. El conjunto de esta pieza, verdadera obra del más hermoso estilo ojival, es estremadamente suntuoso. Es donación de un Emperador griego.

Salimos de allí, agradecidos profundamente á la amabilidad de aquel señor Canónigo, que sin más conocimiento que una simple presentación, nos había proporcionado poder admirar aquellas joyas.

Con una visita á San Saturnino, iglesia gótica de una sola nave, de la que poco pudimos ver, por la obscuridad que envolvía ya todos los objetos,



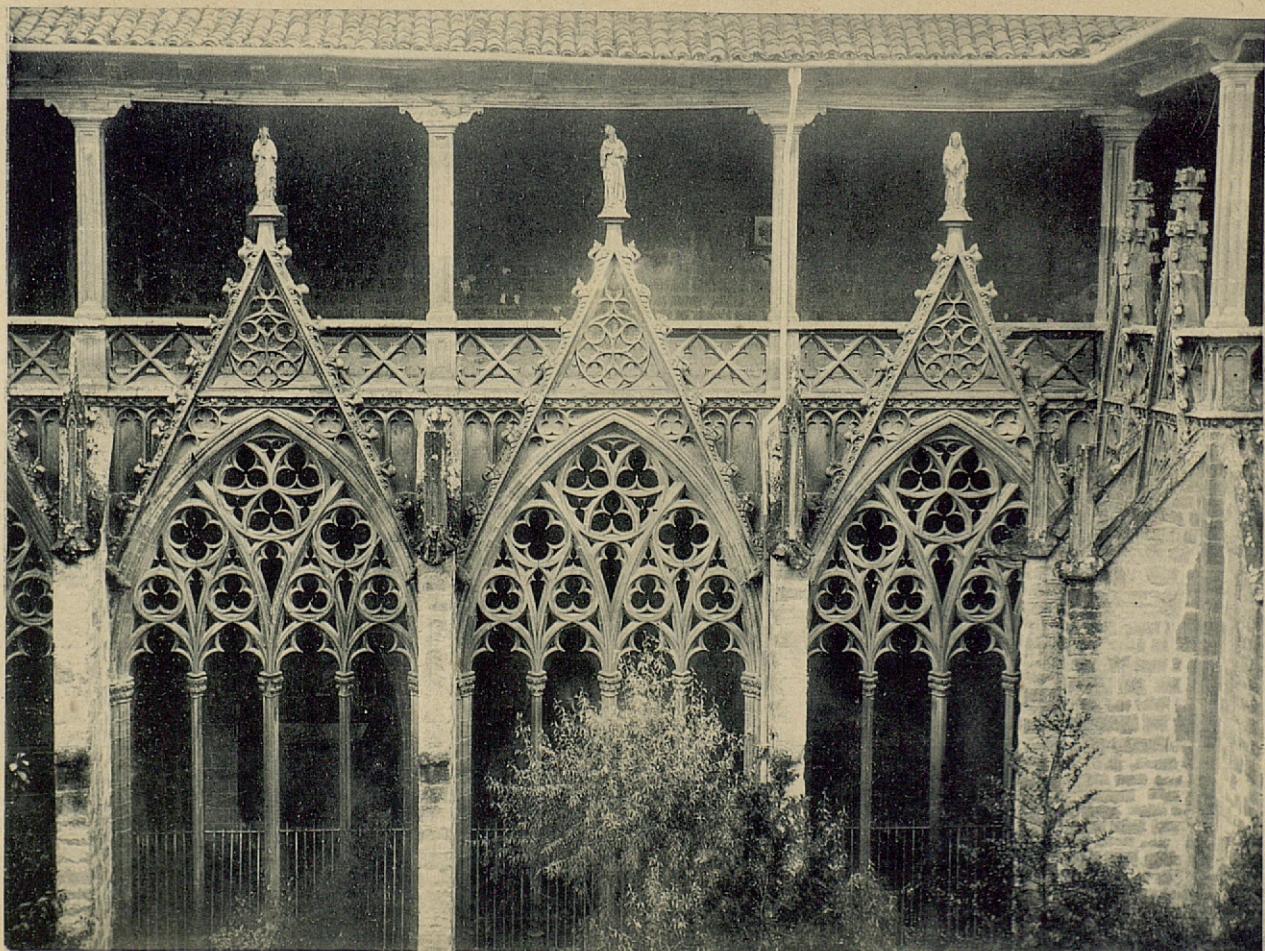


*Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid*

CATEDRAL DE PAMPLONA

VERJA DEL ALTAR MAYOR





*Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid*

CATEDRAL DE PAMPLONA

CLAUSTRO



y un paseo por la Taconera concluye el día.

No clareaba aún el siguiente, cuando volvíamos á tomar el tren. Lento viaje en lentísimo *mixto* que respira fuertemente al atravesar la triste campiña del Carrascal; marcha algo más veloz en las amenas riberas del Aragón y del Ebro, y hétenos en Tudela. Cambio de tren á otro *económico* que nos ha de llevar á Tarazona. *Nota bene*: tómese siempre segunda clase, porque la primera es tan mala como aquélla, y... no hay tercera.

Pasa por delante de nuestra vista Cascante, el *clásico* pueblo de las cerrillas, y á poco llegamos á Tarazona. La antigua corte de los Reyes de Aragón se nos presenta sumamente pintoresca, empinada en unos riscos, sobre cuyas alturas avanza una calada galería compuesta con restos de varias arquitecturas, desde la románica, á la plateresca, y que se apoya sobre antiguas murallas, formando un conjunto interesantísimo. Hoy este edificio es Palacio episcopal, antes fué el de los Reyes aragones, y más antiguamente la *Asuda* árabe.

Llama desde luego la atención el pronunciado *mudejarismo* que se observa en todas las edificaciones. Allí, como en casi todo Aragón, la grey más ó menos conversa debió usufructuar por completo las artes constructivas, y este dominio llegó hasta bien entrado el siglo XVI. De tal estilo son las dos cosas que dominan la ciudad: la torre de la Magdalena, en la parte alta de ésta, y la linterna del crucero de la Catedral, en la baja.

Extraño y desquiciado conjunto es el que presenta hoy la iglesia Mayor. Es de tres naves, girola y capillas absidales, que son cuadradas, cosa poco frecuente en la arquitectura ojival española. Comenzóse en 1235; pero allí hay de todas las épocas por partes casi iguales, desde el triforio de la na-

ve transversal, de sabor románico, hasta los altares y portadas barrocos. Llama la atención el cimborrio, de crucería mudéjar, imitación patente del de La Seo de Zaragoza. Por fuera, esta linterna es una pintoresca construcción de ladrillos y azulejos, no merecedora del mal juicio que sobre ella emitió Cuadrado en sus *Recuerdos y bellezas de España*. La Catedral tiene hermosos retablos en las capillas de la Visitación, Santiago y la Purificación, y en ésta otra curiosa bóveda estrellada, mudéjar. El claustro fué grande y bello; hoy es sólo una enorme galería llena de postizos, trastos viejos, adefesios de todos géneros y basura.

Dirijamos una ojeada á la fachada de la Casa Consistorial, en la que campea, en largo friso, diminuta procesión triunfal; elevémonos á los altos picachos que fueron baluartes inexpugnables, y volvamos á reponer las fuerzas á la fonda de Lóbez. Y apuntemos de pasada que en ella, á pesar de ser época de veda, saboreamos unas deliciosas codornices. No todo ha de ser arqueología.

Eran las tres de la tarde cuando en un *familiar* tomamos el camino de Veruela. Hora y media de marcha empleamos en llegar á la puerta de la célebre abadía. Su visita ha constituido para mí, durante muchos años, un deseo ardentísimo, pues sobre el interés arqueológico, incitábanlo las célebres cartas de Becker. Porque los nombres del Monasterio y del poeta irán por siempre unidos en la memoria de todos. Y para avivar la de éste, allí aparece, como vigía avanzado de la casa, la Cruz ó *rollo* á cuyo pie tantas veces descansara el sentimental escritor. Pero ¡ay! que el Veruela de hoy no es el que contempló *desde su celda*. Es la misma su pintoresca y hermosísima situación al pie del Moncayo, que proyecta sobre los muros su misteriosa



sombra; no han variado las piedras de su iglesia ni las tracerías de su claustro. Pero en lugar del poético silencio del abandono, óyese el persistente rumor de las aglomeraciones humanas, y donde se enseñoreaba la hiedra y crecía el jaramago, surgen hoy limpios muros y encerados pisos. Becker lo cantó lugar desierto y ruinoso, nosotros lo vemos poblado y limpio Colegio de la Compañía de Jesús. ¿Debe deplorarse el cambio? No, ciertamente; que lo que Veruela perdió en poesía, lo ha ganado en conservación.

Limpia y cuidada está su iglesia, hermosa fábrica de la segunda mitad del siglo XII (1146-1171). Para cuantos se dedican á estos estudios, tienen excepcional interés estas obras transicionales, donde se marcan los tanteos y vacilaciones, y los restos de las formas consagradas por la tradición al lado de las innovadas y tímidamente concebidas; la lucha, en fin, del hombre por el progreso. Así vemos en Veruela una iglesia de tres naves, con los tres característicos ábsides del estilo románico; pero rodeando al mayor é introduciéndose entre éstos con una timidez acusada en los estrechos arcos de entrada, atrevióse el constructor á poner una girola con capillas absidales. Más avergonzado de su audacia, las dejó oscuras y veladas. Hoy este defecto contribuye por modo notable al misterioso encanto que rodea al santuario. Cubren las naves bóvedas de crucería con rudimentarios y recios nervios; pero trazada la planta de los pilares para sustentar cañón seguido en la nave alta, bóvedas de arista en las bajas, y anular en la girola, es de ver el modo indocto y primitivo con que el arquitecto dió nacimiento á los nervios de las crucerías, que se adelgazan y surgen de *cualquier manera* de los muros. El ejemplo de Veruela es

uno más que añadir al tipo elemental de las bóvedas del ábside de la Catedral abulense.

¿Qué decir del bellissimo claustro de este Monasterio y de su Sala capitular, característica construcción del ojival Cisterciense, que no haya sido dicho mil y mil veces? Las hermosas galerías aparecen hoy limpias, cuidadas y... con unas ordinarias, pero útiles vidrieras en todos los huecos. Está visto que la poesía, el respeto arqueológico y la higiene moderna son cosas incompatibles.

Amablemente nos fué concedido el permiso para visitar toda la casa, vulgarísima construcción, relativamente moderna, en la que es difícil reconstituir la planta genuina de los monasterios inspirados en la regla de San Bernardo. Hoy, además, está adicionada con todos los *primores* artísticos que se admiran en Oña, Deusto y demás Colegios de la Compañía. Pasemos sobre ellos como sobre ascuas; pero no olvidemos felicitar á ésta por el cuidado que pone en la conservación de la insigne abadía fundada por Pedro Atarés. Seamos justos distribuidores de elogios y censuras.

Al día siguiente, rapidísima detención en Tudela, donde visitamos la Colegiata, hermosa iglesia de los primeros tiempos del estilo ojival, pero todavía con formas románicas, y en la que son de admirar el claustro, en pésimo estado; el retablo mayor, bella obra del siglo XV, del género llamado de *batea*, con tablas pintadas y una buena imagen de talla, bajo gigantesco doselete; otros dos retablos; dos buenas rejas *martilladas* y un delicado sepulcro. Después de esta visita, y tras una corta y forzada detención en Zaragoza, tomamos el largo camino, por el que, en rápido expreso, nos trasladamos á Tarragona, previo un cambio de tren en Reus, en cuya estación (línea de Tarragona á Lérida) *intenta-*



mos desayunarnos con chocolate. ¿Qué diablos contendría aquel brevaie, de color moreno verdoso, consistencia viscosa y sabor indefinible, *aunque* malo? Intenciones nos dieron de traernos una muestra para ser analizada en un laboratorio, pues asusta pensar los prodigios que la Química habría tenido que realizar para componer el tal soconusco (?). Cito el caso, porque es pontaneamente, y sin previo acuerdo, confesamos los tres expedicionarios que aquello era lo más malo que habíamos probado en nuestros viajes, que ya son numerosos y largos. ¡Cómo sería de malo, que el fondista, á pesar de serlo, y catalán por añadidura, no lo quiso cobrar!

Apartemos *los ojos con horror y el estómago con asco* de este recuerdo, y dirijamos una mirada á la hermosa campiña tarraconense, en la que surge la ciudad, colocada en rapidísimo declive sobre el mar, con su caserío de aspecto genuinamente levantino, su Catedral, allá en lo más alto, y los restos de la grandeza clásica.

Fenicios, romanos, godos, árabes y cristianos la levantaron, la destruyeron, la embellecieron y nuevamente la arruinaron, y acaso no habrá ciudad que más hecatombes cuente en su historia. Pero la influencia que perdura es la romana; y como demostración viva, allí tenéis las mujeres tarraconenses, que con sus amplias formas y su apostura de canéfora, recuerdan las matronas transtiberinas; mientras que como prueba pétreá de la influencia clásica, levanta sus muros y sus pilares la Catedral.

¡La Catedral de Tarragona! No mediaba todavía el siglo XII cuando la trazó un maestro, que se cree venido de Normandía, á sueldo del Conde Roberto, Príncipe, por feudo, de la ciudad. Sombría y robusta, es una de las fábricas de la España medioeval que más profundamente impresionan. Es

de tres naves, largo crucero y tres ábsides semicirculares, á los que se añade en la cabecera dos capillitas en forma de nicho esférico (la de la izquierda no existe ya). Fortísimos pilares sostienen las bóvedas de sencilla crucería; pero al trazar aquéllos contábase ya con este sistema de cubierta; pues desde la planta diéronles forma cruciforme con columnas en los ángulos, destinadas á soportar los nervios. Debe llamar la atención tan perfecto sistema, cuando la inmensa mayoría de las iglesias de la época y aun posteriores (la Catedral vieja de Salamanca, San Vicente de Ávila, iglesia de Veruela, etc., etc.), no están preparadas más que para recibir bóveda de medio cañón. Pero acaso sea más sensato suponer que de la fábrica comenzada en 1129, no queda en la actual más que algunas partes, como son el brazo izquierdo del crucero, los ábsides y la puerta de ingreso al claustro.

De éstas, es extraordinariamente notable la primera, que por excepción en toda la Catedral se cubre con cañón seguido de arco apuntado; singularidad que no he podido explicarme. Y si todo el monumento es imponente por su severa grandiosidad, ¿qué decir del ábside central? Ancho y profundo, cubre su semicircular recinto con un liso y enorme cuarto de esfera; pero en el arranque, y por modo inusitado en sus congéneres españoles, ábrense una serie de estrechísimas ventanas, desnudas de archivoltas, columnillas ú ornato alguno. Hay que buscar en las cúpulas bizantinas (y en la de Santa Sofía como matriz) esta disposición, poco ó nada usada en el románico occidental.

Sobre el crucero, cargando en cuatro trompas, se eleva una gran linterna octogonal, de época muy posterior al resto del monumento; y completan el conjunto de éste bellísimas capillas góticas, el primoroso retablo mayor,



del mismo estilo, y varios sepulcros, entre los cuales notaremos el de don Jaime I, cuyos restos fueron salvados de las ruinas de Poblet. Aquí y allá ven-se curiosos detalles: en una capilla del cerco del coro, una serie de grandes estatuas (la Virgen, la Magdalena, Nicodemus, etc., etc., si no estoy equivocado) rodean el cadáver del Señor, colocado en un sepulcro *strigilado*, resto de los primeros siglos de la Era cristiana. El simulacro está en el suelo, por lo cual no produce el efecto de retablo, altar ó túmulo, sino de algo vivo y por demás extraño. Parece obra de bien entrado el siglo XV. En la capilla bautismal sirve de pila un baño clásico, y la del Sacramento se cubre con una robustísima bóveda, resto del *arce* romano, en la que valientemente, aunque no con la *suprema audacia* de que hablan guías y cicerones, se ha abierto en tiempos modernos una claraboya que cubre una linterna; pequeña abertura y escasa carga, en verdad, para la que puede resistir el concrecionado hormigón romano.

La Catedral de Tarragona ofrece al estudio de los inteligentes abundante colección de capiteles, en la que se ven no sólo ejemplares de todos los tipos del arte románico, sino algunos otros por demás curiosos, como son los de influencia mahometana muy pronunciada, y otros absolutamente clásicos, no con el clasicismo convencional de la imitación bárbara, sino con las líneas casi perfectas de la copia directa.

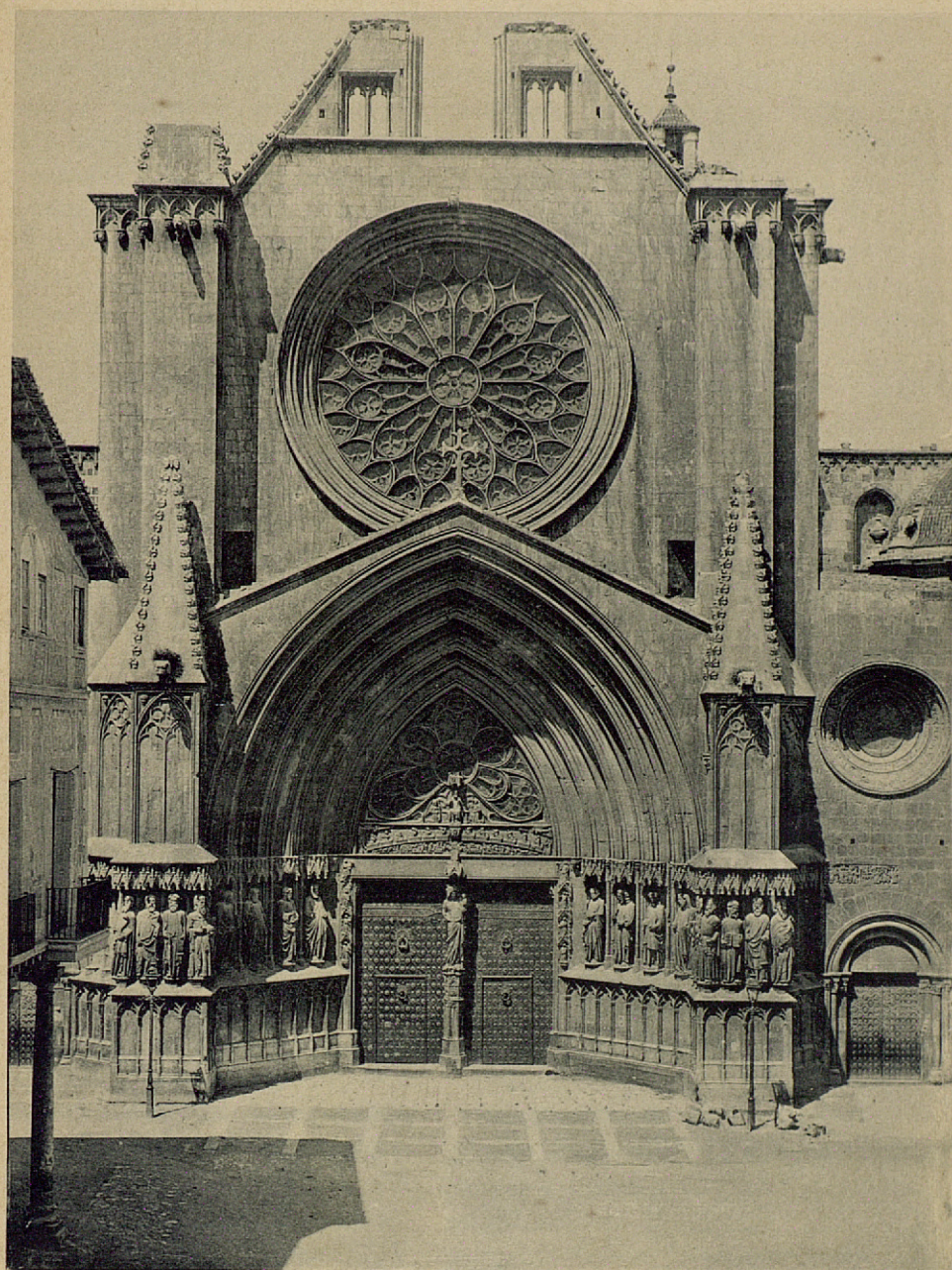
Del claustro de esta Catedral ha dicho el entendido arqueólogo Sr. Serrano Fatigati, en su notable folleto *Claustros románicos españoles*, que es la despedida del arte románico. Mas no es un *adiós* lánguido y desmayado, sino lleno de calor y vida. ¡Qué hermoso conjunto el de aquellas galerías, que si tienen aún en el agrupamiento de las columnas, en las *historias* de

algunos capiteles y en el punto de los arcos mucho del románico, marcan en la esbeltez de los fustes, en las cruces de las bóvedas y en la flora de otros capiteles todas las elegancias del estilo ojival! ¿Y no parece verse en las sirenas y sátiros esculpidos en ciertos ábacos las reminiscencias clásicas? ¿Y no son notabilísimos los capiteles de varias columnas intermedias de los arcos, compuestos de una serie de largas hojas que salen del collarino, siguiendo el contorno del fuste, y una cabeza con varios elementos vegetales de labra poco profunda, que dan cuatro aristas verticales bajo el ábaco, y afectan en conjunto una forma que me atrevo á llamar *protogranadina*, por la profunda semejanza que tienen con el conocido capitel de los edificios naseritas? ¡Ah, sí! Que en Tarragona por todas partes surgen las dos razas, cuya levadura ha sido más fuerte que la de fenicios y godos, lemosines é italianos. Y como simbolizando la unión de latinos y semitas en las artes tarraconenses, allí, en un muro del hermoso claustro aparecen colocados juntos dos restos notables: el friso de los bucráneos del Palacio de Augusto y la ventana del Mihrab de la antigua Mezquita.

Al salir de la Catedral (y tras una rápida visita á la sala Capitular, donde se expone el *tapiz de Poblet*, estupendo paño bordado en oro, obra del siglo XVII), dirigimos nuestros pasos al nuevo Seminario, en uno de cuyos patios se ha conservado la capilla de San Pablo, curiosa construcción de líneas románicas, elementos ojivales, detalles arábigos y puerta adintelada que no desdeciría de un edificio levantado en la decadencia del arte romano. Alabemos sin tasa al Prelado y al arquitecto que al edificar el nuevo Seminario han respetado tan interesante y curioso monumento, sujetando á él su distribución.

Dando la vuelta á la ciudad, ya de





*Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid*

CATEDRAL DE TARRAGONA



bajada, se encuentra el expedicionario con las célebres murallas, ciclópeas en la base, romanas más arriba y árabes y cristianas en su terminación. Pétreos testigos de la accidentada historia de Tarragona, infunden respeto por su vetustez, ya que no admiración por su belleza artística. Y en el otro extremo de la ciudad, yergue su masa la torre de Pilatos, más propiamente de Augusto, resto venerable de una construcción romana, que conserva en sus carcomidas piedras señales de un apilastado dórico.

El Museo de Tarragona es una interesantísima colección de restos clásicos, mosaicos, bustos, medallas y monedas, ánforas, etc., etc. Imposible es detenernos ni en su examen ni en su descripción. Salgamos: mas ¿qué es esto? El guardián del Museo sostiene acalorada conversación con Poleró.

—Le digo á Ud.—dice éste—que yo he visto los restos del teatro romano.

—No lo dudo—replica muy formalmente aquél,—aunque hace más de dos siglos que desaparecieron. (Histórico.)

Mi amigo y yo, al oír esto, felicitamos calurosamente al buen D. Vicente, *victima* de una longevidad tan desusada, y para consolarle llevámosle á pasear por la Rambla, ancha calle que termina en un mirador sobre el mar, desde donde se domina todo el hermoso panorama de la bahía de Salou. Contemplémosle sin volver la vista atrás; que en el centro de la explanada hay un enorme pedestal, de arquitectura indefinible, el cual sustenta una desequilibrada estatua que, según reza un letrero, es de Roger de Lauria. ¿Y para esto fuiste á Oriente y te expusiste á las traiciones de los degenerados griegos?

Tomando la línea férrea de Tarragona á Lérida, y á mitad próximamente de este trayecto, se halla la estación

de Espluga de Francolí, en la cual dejamos el tren, y puestos *al habla* con un tartanero (empresa no tan sencilla como parece, pues en aquella comarca con dificultad se encuentra quien sepa y *se digne* hablar el castellano), emprendimos el camino de Poblet, si camino puede llamarse una infame calzada que, atravesando el pueblo, llega con un ramal á los baños de Espluga y con otro al monasterio. Y menos mal que el trayecto es corto y que no habíamos almorzado, que de lo contrario no hubiésemos tenido estómago bastante firme para resistir el espantoso movimiento del carricoche.

¿Cómo decir en pocas líneas cuanto Poblet merece? ¿Ni cómo intentar siquiera lo que tan hermosamente han hecho tantos ilustres escritores y arqueólogos? Quédesse para ellos tal empresa, á mí me cumplen tan sólo rápidas impresiones é inútiles lamentos.

¿Dónde están esos adinerados próceres catalanes, amantes de su país hasta la nostalgia y de su historia hasta la injusticia, espléndidos gastadores de su oro en empresas no tan dignas de loa ciertamente como la de salvar aquélla maravilla? ¿En qué obra podrían emplear mejor sus millones, y de qué modo podrían justificar más cumplidamente el cacareado amor á Cataluña que acudiendo con ellos á restaurar el panteón de sus Reyes y magnates, el prodigio de su arte?

Porque Poblet, si históricamente es el monumental túmulo que guarda, ó guardó, mejor dicho, los restos de los Jaimes y Pedros, Moncadas y Copóns, artísticamente es el tipo perfecto y completo de la abadía Cisterciense, tal y como la concibieran los espléndidos sucesores de San Bernardo, no del todo avenidos con el rigorista reformador de Cluny. Presentan otros monasterios confusa masa de todas las épocas y todos los estilos: la iglesia, del siglo XIII; el claustro, del XVI, herre-



riana tal dependencia, cuál otra del churriguerismo más desenfrenado. Poblet, por el contrario, debe á la magnificencia de sus fundadores y sostenedores la unidad más completa de estilo, desde la transición románico-ojival, hasta el más espléndido apogeo del arte gótico. Y no sólo es tipo de la arquitectura religiosa, sino acabado modelo de la monástica, en el que pueden estudiarse las formas genuinas, salidas de Claraval.

La iglesia, hermana mayor de la de Veruela, con la nave alta, que cubre medio cañón apuntado; las bajas, de crucería primitiva, en las que aun más que en el monasterio aragonés se ve el ensayo de un sistema, todavía en la infancia; los tres ábsides y la girola, provista de capillas; el crucero, que cubre interesante bóveda cupuliforme, sobre nervios que no concurren á una clave, sino que dejan en el centro ancho anillo; el claustro, mitad románico, mitad ojival, y la maravillosa sala capitular, elegantemente sostenida por dos pilares monolíticos, forman un conjunto de indescriptible belleza.

Agréguese las construcciones de uso monástico, la biblioteca, el archivo, el refectorio, el dormitorio de novicios, la cocina, el lagar y la bodega, y no sé cuántas dependencias más, todo concebido y ejecutado en el más puro estilo, formando ejemplares del mayor interés, no sólo para el estudio de la arquitectura en España, sino en Europa; y finalmente, aquel inconcluso Palacio de D. Martín, si inútil para ser habitado, curiosísimo y del más alto valor para el estudio de la Arquitectura civil de la Edad Media; imagínese todo esto, adiciónese con innumerables detalles artísticos, y dígame si Poblet no es digno del entusiasmo de todos. ¡Qué no sería esta maravilla en otro país! ¡Qué de anuncios para su vulgarización, facilidades para su visita y desvelos para su conservación!

Un día aciago del año 1835 asaltaron las turbas aquella morada, quemaron sus edificios, destrozaron sus sepulcros y profanaron los cadáveres de los Reyes, uno de los cuales, el del gran Jaime I, sirvió de burla á aquellos salvajes, que acabaron por *fusilarlo*. El fuego, más piadoso que los hombres, negóse á hacer presa en la parte monumental del monasterio, que se halla hoy en estado de ser restaurada y conservada, para honra de España, á costa de no tan grandes cantidades, como á primera vista parece. Llega á nuestra noticia que una elevada persona, por excitación de un noble, amante de su país y del arte, trata de iniciar estos trabajos de conservación. ¿Será cierto? (1).

Cuando salíamos de Poblet caía la tarde. Densas y negras nubes se acumulaban en el cielo, surcado por intensísimos relámpagos. Un viento huracanado silbaba entre los árboles. Aun el menos dado á la poesía sintírase impresionado ante el aspecto de la naturaleza, que parecía asociarse al triste espectáculo de tanta ruina. Silenciosamente, y pensando en la vergüenza de aquel desastre, emprendimos el camino de Lérida.

Un sólo edificio llena arqueológicamente el nombre de esta ciudad: la Catedral vieja. Pero si vergüenza y tristeza causa la visita á Poblet, la de este otro monumento produce vergüenza, tristeza y cólera. Porque si se explica, ya que no se disculpa, el acto de la multitud que, bajo el imperio de una pasión, destroza y profana, no hay sentimientos ni palabras bastante fuertes para reprobar el barbarismo legal y organizado que durante dos largos siglos, y á través del com-

(1) Después de escritos estos apuntes, he sabido que el Ministerio de Fomento ha comisionado al arquitecto Sr. Magdalena para que visite Poblet, y formule una Memoria sobre las obras necesarias para su conservación.





*Fotografía de Hauser y Menet.-Madrid*

MONASTERIO DE POBLET

CLAUSTRO



plicado expedienteo oficial, mutila, destruye y convierte en asqueroso y antehigiénico cuartel una gloria histórica y monumental del país. A las turbas de Poblet no se les puede pedir que razonasen; las autoridades de una nación civilizada (?) han podido y debido razonar.

Bien sabido es que la Catedral vieja de Lérida está emplazada en un cerro, y que alrededor de ella construyó Felipe V la fortificación, que ha sido causa de su ruina. Es otro hermosísimo ejemplar de arquitectura de transición; fundada en 1203, digna, y es bastante decir, de parearse con la Catedral de Tarragona, si bien menos arcaica que ésta. Hoy sirve de cuartel á numerosas fuerzas, de Parque de Artillería, almacén de Ingenieros, cantina, habitación del Gobernador del castillo y no se cuántas cosas más. La *milagrosa* transformación se ha obtenido echando un piso á la mitad de altura de las naves, dividiendo éstas y los ábsides con tabiques, estableciendo escaleras y adosando inmundos tugurios. ¿Que á la ranchería le hace falta una cocina? Pues se abre un cañón á través de bóvedas y capiteles. ¿Que tal dependencia está escasa de luz? Abajo un tímpano maravillosamente esculpido. ¿Que un coronel encuentra negros los muros de un dormitorio? Lechada de cal á relieves bizantinos y sepulcros góticos.

Para ver el *exmonumento* hay que subir y bajar, entrar y salir y hacer ejercicio no escaso en una serie de visitas parciales, á través de dependencias sin cuento. Y si sucede, como nos ocurrió, que no esté en el castillo el encargado de la llave de una de ellas, dase el visitante por muy satisfecho con admirar los delicados relieves de la Puerta de los Infantes desde la ventana de cierto sitio, muy frecuentado por los soldados, y que exhala un *olorcillo* incompatible con la pura delectación artística.

Como marco de tan delicioso cuadro, hay que advertir que no es cosa fácil la visita á la Catedral, pues queda dicho que está dentro de un castillo, y ya se sabe que la Ley marcial prohíbe esa curiosidad, que puede servir para que el extranjero se entere de los secretos de la defensa nacional, y en el más inocente visitante, acaso se oculte un sagaz espía, vendido al oro inglés, al francés ó á cualquier otro oro. ¡Espanta pensar en las consecuencias que estas visitas pudieran tener para el porvenir de la patria! Verdad es que el tal castillo de Lérida es un conjunto de murallas medio ruinosas, con tres puentes levadizos de muy problemático funcionamiento, y admirablemente artillado... con seis cañones del modernísimo sistema que se usaba en los tiempos de la batalla de Almansa. Y no es para olvidado, que casi todos carecen de montaje, y están emplazados .. en el santo suelo. En uno de estos terribles artefactos, leímos: "Cobre de Méjico." ¡Ya ha llovido desde que Méjico era de España y enviaba cobre!

¡Y para que el enemigo no se entere de estos *poderosos* medios de defensa, se impide que pueda visitarse y admirarse un monumento que, en todo país orgulloso de su arte y de su historia, estaría reverenciado y custodiado, y cuyo conocimiento y estudio se estimularía y propagaría! ¡Vergüenza eterna para España, que no sabe gastar un puñado de pesetas en hacer un cuartel nuevo, salvar un recuerdo de su gloria, y sostener una fortificación apta para su defensa!

Mas como lo valiente no quita á lo cortés, demos las gracias desde este sitio al amable General, de quien no depende, claro está, que las cosas varíen, y que galantemente, aunque no sin previas explicaciones, y mediante una carta de recomendación, que al efecto llevábamos, nos dió el *pase* indispensable para la visita.



El viaje de Lérida á Huesca lo efectuamos en un tren que conducía gran número de soldados licenciados, con lo cual queda dicho que abundaron los cuadros de costumbres llenos de color, sabor y hasta olor.

Huesca y su campana son absolutamente inseparables; por esto, en el *Manual del perfecto viajero* debe anteponerse á toda otra visita la del célebre sitio donde Ramiro II dió (si es que la cosa es cierta), la sonora campanada. Al entrar en el Instituto, antigua Universidad sertoriana, y atravesar su alegrísimo patio, lleno de sol, pájaros y flores, nada inclina al ánimo á pensar en decapitaciones ni otros excesos. Traspuesta minúscula entrada, abierta en el salón de actos, se descenden unos cuantos peldaños (famosos por el cuadro de Casado), y se penetra en el trágico recinto. Arquitectónicamente se compone de una sala semisubterránea, de planta rectangular, terminada por dos semipolígonos á modo de ábsides, cubiertos éstos por bóvedas esféricas y aquél por tosca crucería. Por el aspecto de los sillares y la curva de las bóvedas absidales que se ajustan malamente á la forma poligonal de los muros, parece deducirse que aquélla y éstos son construcciones de épocas distintas, aunque no las separen más de una centuria. Como esta antigualla es muy visitada, la cuidan y limpian escrupulosamente, pero esto mismo aleja la idea del horrendo drama. Para darle cierto colorido macabro, debieran tenerla sucia y lóbrega, y adicionarla tal mancha de sangre, un tajo de verdugo y hasta una media docena de cráneos... imitados.

Encima de la campana se conserva un curioso salón románico conocido con el nombre de sala de D.<sup>a</sup> Petronila; amplio espacio, cuyos muros decoran arquerías adosadas á ellos. Hoy es archivo del Instituto de segunda enseñanza.

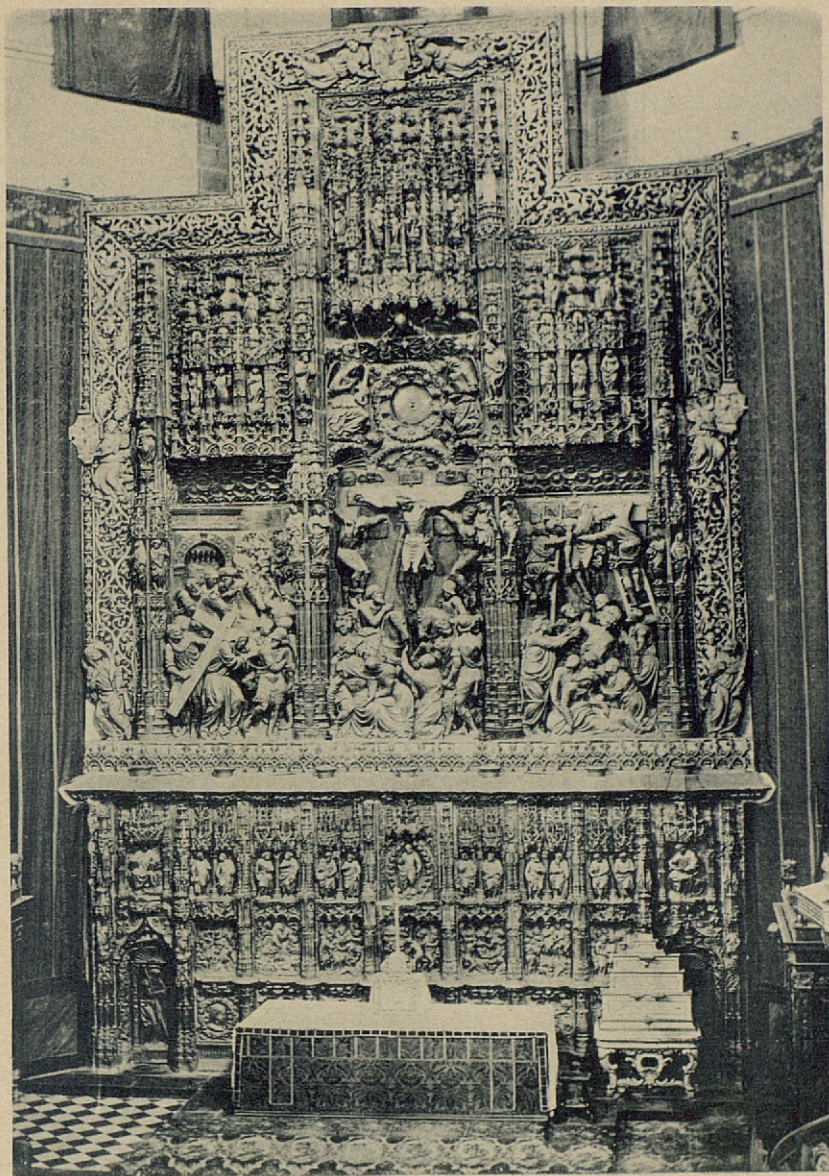
Típico aspecto ofrece la plaza de Huesca. En uno de sus lados se levanta la Casa Consistorial, bellissimo ejemplar de esa arquitectura aragonesa del siglo XVI, toda de ladrillo, con torreonnes angulares, amplísimo balcón, alta y diáfana galería y volado alero que corona del modo más airoso el conjunto; en otro las solanas del Palacio episcopal; entre ambos, el Museo, donde se conserva una copiosa serie de tablas pintadas, regalo espléndido de don Valentín Carderera, á quien tanto debe la historia artística de España, y al frente, la pintoresca fachada de la Catedral.

Ésta es un edificio de tres naves, crucero y cinco ábsides paralelos en la nave de éste. La disposición, poco usada en obras del siglo XV, trae á la memoria la planta de las iglesias Cistercienses del XII (Huelgas de Burgos, Orbazine, Maulbronn, etc., etc.), y el hecho es más de notar, cuanto que no puede responder á la imitación de otra Catedral anterior, puesto que hasta que se contruyó la actual, había servido para el culto cristiano la antigua Mezquita, purificada y consagrada en los últimos años de la centuria oncenaria.

Poco de particular tiene la fábrica que hoy vemos, si no es la desproporción entre las ligeras y estrelladas bóvedas, y los pilares, trazados para resistir mayor carga. Pero compensando la insignificancia del edificio, destácase en el presbiterio el retablo, obra suntuosísima de Damián Forment, que labró el alabastro con todos los primores de un estilo que, si conserva las filigranas del gótico decadente, debe al Renacimiento la nobleza y corrección de las figuras del cuerpo principal, y los medallones, columnas y relieves del basamento.

Otro retablo notable, de la misma escuela, procedente del arruinado Monasterio de Monte Aragón, luce sus





*Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid*

## CATEDRAL DE HUESCA

RETABLO MAYOR

OBRA DE DAMIAN FORMENT



bellezas en una moderna capilla, contigua al claustro.

Conserva Huesca otro monumento célebre: San Pedro el Viejo, donde el Rey Monje encontró asilo y tumba, cuando cansado de un poder para el que no había nacido, abandonó la pesada carga. La iglesia es de tres naves cubiertas con sencillo cañón de medio punto y tres ábsides, dentro del estilo románico más arcaico. Señálase el crucero, cubierto con una bóveda sobre ocho nervios que se apoyan en columnas voladas. Cuatro *oculus*, con arcos lobulados, decoran y dan luz á esta linterna, mal llamada cúpula por algunos autores.

La robustez de los pilares, la sencilla forma de las bóvedas, la pesadez de las proporciones y la obscuridad de esta iglesia, convienen por modo admirable con la tétrica figura del *cogulla*, á quien créese ver apareciendo de improviso por una de las sombrías naves. Esta impresión histórica y poética, se desvanece por completo al salir al claustro, hechura de los monjes que habitaron allá en el siglo XII esta iglesia. Hasta hace poco tiempo, era tema obligado de viajeros y curiosos el desamparo y la ruina de este claustro. Declarado no ha mucho *monumento nacional*, se restauró por entendido arquitecto; pero era tal el desastre de lo poco que allí había, que la obra, más que de restauración, ha sido de construcción, y por lo mismo desprovista del espíritu y poesía de lo antiguo.

¡Difícil problema es, en verdad, el de las restauraciones arquitectónicas! De las más entusiastas alabanzas que la tarea de los Lassus y Viollet mereció en un principio, hemos pasado á los ataques más furibundos contra los *profanadores* del arte antiguo. “¡Conservar—dicen los modernos arqueólogos—y no restaurar!” Ciertamente, que esto es lo más sensato, pero no

siempre es realizable, pues hay casos en que la *conservación* no es posible, y la *restauración*, ó no salva, por insuficiente, el monumento, ó lo descaracteriza. Tema es éste digno de mayores desenvolvimientos, que acaso acometa en otra ocasión. Volviendo al claustro de San Pedro, hay que consignar que era uno de los *casos* difíciles, y que la restauración se ha llevado en él á un límite algo excesivo. De aquí el efecto de *imitación moderna* que produce.

Sus cuatro alas, de interesantes capiteles historiados, arcos de medio punto, alto *podium* y cubierta de madera, dan perfecta idea de lo que sería en sus buenos tiempos, cuando la pátina del tiempo, uniéndose á las reducidas proporciones y á lo arcaico de su sistema constructivo, lo hacían digno compañero de la iglesia á la que está adosado.

No debe dejar de citarse la capilla, abierta en una de las alas del claustro, pero con caracteres de mayor antigüedad dentro del estilo, donde se guardan las cenizas de Ramiro II en nicho labrado en el muro y cubierto con una lápida del más hermoso arte romano, resto notable de la Osca pagana.

Consignemos la alegre impresión que causa el aspecto general de la ciudad con el ancho Coso, sus bellos edificios, y el agradabilísimo carácter de sus habitantes. No sé si en tal impresión tomó mucha parte, por contraste, la experimentada el día anterior en Lérida, donde no encontramos más que suciedad, despego é incomodidades de todos géneros. Y no se ofendan los leridanos, si alguno lee estas líneas; que cada uno habla de la feria... Y otros habrá seguramente que opinen lo contrario que nosotros.

Á los antiguos y molestos medios de locomoción que para trasladarse de Huesca á Jaca tenían que emplear antes los bañistas de Panticosa, ha sucedido el rápido (hasta cierto punto) y



cómodo (idem íd.) tren que salvando la sierra de Guara y las avanzadas del Pirineo, deja al viajero en la primitiva capital del Reino aragones.

De su importancia guerrera conserva la muralla completa, y de su antigua capitalidad la Catedral. Saludemos en ella al más antiguo de los templos episcopales que subsisten en España, recordando que en 1040 la fundaba Ramiro I.

Si después de contemplar el exterior del edificio, en el que se hace notar la robusta torre y el gran pórtico, cuyos toscos capiteles son sin duda los restos más antiguos de la fábrica, penetramos en el interior, notaremos desde luego su planta de cruz latina, con tres naves y tres ábsides, y llamará nuestra atención el violento contraste que producen los pilares, de gran base y planta cruciforme, hechura evidente del arte románico más puro, y las ligeras bóvedas estrelladas, con las que el gótico florido substituyó al severo medio cañón que tuvo esta Catedral primitivamente. Aún conservan aquella cubierta las naves del crucero; y en el centro de éste, se levanta una cúpula sobre trompas, curioso ejemplar de esta clase de bóvedas, pues aparece reforzada sobre ocho arcos que partiendo, no de los vértices del octógono, sino de los medios de los lados de éste, se juntan en una clave central; nueva y poco estudiada variante de esta forma arquitectónica, cuyo origen y desarrollo es indudablemente uno de los temas más interesantes en la historia monumental de la España de la Edad Media.

La Catedral de Jaca tiene otros dos rasgos especiales. Es el uno la excesiva longitud del ábside ó capilla mayor, que sobresale considerablemente de los laterales. Puede creerse á primera vista que en la reforma que sufriera en el siglo XVIII esta parte del monumento, se le dió tan gran desarrollo; pero examinado el exterior, se ve que

el blanco muro está coronado por una cornisa de canecillos románicos, y, por lo tanto, que su actual forma es la primitiva. ¿Á qué podrá deberse esta extensión, poco usada en nuestra Arquitectura? Acaso á la conveniencia ó necesidad de colocar en esta capilla un numeroso Cabildo.

El otro rasgo notable de la iglesia jaquesa es la alternación en la nave mayor de los pilares cruciformes con las columnas monocilíndricas, según un orden que, como cosa poco frecuente, hemos notado en San Millán, de Segovia, y que aquí parece responder á los arcos de refuerzo del cañón que cubría la nave alta, y que volteaban sobre los pilares, dejando uno intermedio, mientras que todos eran necesarios para sustentar las bóvedas por arista de las naves bajas.

La Catedral de Jaca, en su forma primitiva, debió ser de una obscuridad y de una rudeza considerables, bien avenidas con el carácter de aquellos montaraces aragoneses que fueron conquistando á los árabes, breña á breña, el suelo de su salvaje Reino. Los tiempos modificaron más tarde el interior de esta iglesia, y entre las obras posteriores, mencionaremos una reja del siglo XIII, que forma hoy el antepecho del coro, y un hermosísimo retablo labrado en piedra, en valiente estilo del Renacimiento; tan valiente, que los del país no dudan en atribuir al cincel de Miguel Ángel la imagen del Padre Eterno, que campea en la hornacina central. Claro es que tal atribución es gratuita en absoluto; pero no cabe dudar que el ignorado artífice que la esculpió, había estudiado de cerca el Moisés del gran florentino.

Jaca tiene poco ó nada más de monumental. Entre sus calles, rectas y cuidadas, sobresale la Mayor, con alguna casa del siglo XVI, y tal cual ventana ó puerta góticas. La campiña,



regada por el río Aragón, es fértil y no carece de belleza. Y dándole carácter, cierra el horizonte por un lado el desfiladero de Canfranc, que penetra en los Pirineos, entre cuyos flancos créese ver ejércitos invasores en lucha con los valientes montañeses; y por el otro la enhiesta mole de Oruel y la cordillera de la Peña, á cuya cima hemos de subir mañana.

Pero antes, y para ocupar lo que resta de tarde, vamos al paseo, pues es día de Santiago, Patrón de España, y habrá público y música. En efecto; óyese á lo lejos rumor de banda militar, y guiados por él, llegamos á los *glacis* de la ciudadela, cubiertos de hierba, sobre cuyo rústico pavimento pasea la gente, al compás de valsés y jotás. Á falta de bancos, los paseantes cansados, se sientan en el suelo, y el conjunto toma un aspecto de romería popular sumamente pintoresco y simpático. La tarde declina, y de repente un cañonazo saluda militarmente al astro que se oculta. Los ecos de los Pirineos repiten el bélico estampido, y el día, el sitio, la hora y el horizonte, todo trae á la memoria tiempos de fe y de lucha, rudos principios de nacionalidad, forja laboriosa del duro y noble pueblo aragonés.

.....  
 .....  
 El que, dotado del entusiasmo arqueológico ó simplemente curioso, quiera efectuar la excursión á San Juan de la Peña, tiene que tomar en Jaca la diligencia de Sangüesa ó un coche particular, que en una hora le deja en la venta de *Esculabolsas* ¡Extraño título! Traduciéndolo del pintoresco, naturalista y expresivo lenguaje aragonés, al castellano, el tal nombre se convierte en *Desfondabolsas*, lo cual quiere decir que los venteros gozan igual fama en la falda del Pirineo que en los picachos de Sierra Morena ó en las sedientas llanuras manchegas.

Una vez en el mesón susodicho, cabálgase en una mula ó mulo que alquila el ventero por cinco ó seis pesetas, y acompañado de un guía de calzón corto, abierta alpargata y reducido sombrero, se toma el camino que, tras dos horas de marcha, conduce á San Juan de la Peña. Al principio, aún merece aquel nombre el seco cauce de un riachuelo, ó la senda abierta entre ribazos y zarzales. Mas cuando traspues to el pueblo de Santa Cruz, empréndese la subida al monte, se nota la deficiencia del Diccionario, que no contiene palabra apropiada para designar aquel estrechísimo pedregal que serpea por la ladera de la sierra, asomándose al abismo más de lo que la tranquilidad del viajero desearía. Sitio hay donde unos troncos echados en el suelo tratan de compensar la falta de terreno firme, y en ellos, más aún que en lo restante del trayecto, admira la seguridad de la caballería, su fino instinto para colocar los cascos en lugar conveniente y su conocimiento perfecto de las sinuosidades, y hasta de los guijos de lo que llamaremos senda, por más que el nombre le venga sobrado ancho á *aquello*. Por fin, concluye la parte peligrosa y se entra en un magnífico pinar, que cubre toda la parte alta de la montaña. En la cumbre de ésta, en anchísima meseta, se levanta el Monasterio nuevo, grandísimo y feísimo edificio construido entre 1675 y 1714, hoy en estado de ruina, de la que no tiene el arte ciertamente por qué lamentarse.

Único habitante de aquel mamarracho arquitectónico, es el guardián encargado de cuidar el monasterio antiguo. Conducido por él se descende por el monte hacia un selvático recodo formado por estribaciones de la sierra, cuyo fondo lo constituye enorme peñasco cortado casi verticalmente. En la base de esta muralla formóse una no muy grande cavidad, y allí



el celo religioso y lo oculto del lugar inspiraron la erección de un monasterio, cuya historia no he de relatar aquí. Visto desde fuera, apenas da idea de que tras aquella pared antiarística, que parece pegada á la peña, pueda haber nada que interese.

El monasterio se compone de un cuerpo central, que forma la iglesia, á su izquierda una construcción vulgar, que fué el convento, entre la cual y la roca hay un patio, y en él, como los nichos de un moderno cementerio, están las sepulturas de los próceres aragoneses; detrás de esta ala, y con ingreso por la iglesia, el panteón de los Reyes aragoneses, erigido por Carlos III, y á la derecha de ésta el claustro románico, cuya techumbre es la peña.

Nada más original que este monumento. La iglesia de una sola nave, con medio cañón, y un frente ó arco triunfal compuesto de tres arcos de estilo románico primitivo; el casi derruido claustro, de curiosos capiteles historiados; las sepulturas de los nobles, cubiertas con lápidas extrañamente decoradas, y el panteón de los Reyes, cuyas líneas pseudo-clásicas y sus coloridos mármoles y brillantes broncez disuenan de un modo horrible de la sencillez, rudeza y negrura de todo lo demás; la sóledad y el silencio imponente que reinan en aquel estrecho valle sin salida, todo forma un conjunto de intensísima expresión é inolvidable recuerdo. Involuntariamente viene á la memoria el de Covadonga; mas el valle asturiano aparece ancho, risueño y alegrísimo al lado del aragonés. ¡Y pensar que ha habido hombres capaces de pasar su existencia sepultados en aquel pozo, donde si es verdad que se siente la imponente majestad de la naturaleza, no es menos cierto que el ánimo se sobrecoje ante aquel abandono tan absoluto!

Subamos á la explanada del monas-

terio nuevo, y para desimpresionarnos, asomémonos á la cresta del monte, desde donde se divisa un esplendoroso panorama. Al fondo, el inmenso anfiteatro de los Pirineos, que en sucesivos términos llega á meter sus cumbres en las nubes; allá muy abajo, la ancha cuenca del río Aragón, que con sus murmullos parece contar viejas historias de Sancho Abarca, Garcí-Jiménez é Íñigo Arista, y á la derecha la altísima peña de Oruel, atalaya del Alto Aragón.

Avanzaba la tarde, y hubimos de emprender la bajada, *caballeros* en los mulos. ¿Caballeros dijiste? Sólo en algún trayecto; en otros el peligro es grande y hay que echar pie á tierra, pues es muy fácil *espaldarse*, según el gráfico y espeluznante modismo empleado por el guía que, como buen aragonés, no adulterado por la civilización, emplea todavía esas palabras, descriptivas y concisas á la par, que dan al lenguaje *baturreo* un sabor propio y una notable fuerza de expresión. Afortunadamente, no tuvimos percance que lamentar, y, á las seis de la tarde, nos apeamos en *Esculabolsas*, donde, en honor de la verdad, no hicieron nada que justificara el título.

Tal fué nuestra expedición á San Juan de la Peña; pero para completar su reseña, falta mencionar un monumento que se encuentra en el camino, y que, á su positivo mérito, une el ser casi en absoluto desconocido. En el pueblo de Santa Cruz, que hemos citado, se conserva una iglesia románica que, por sus singulares caracteres, es tipo único en España. Esta iglesia (de la que me he ocupado en otro sitio con una extensión que aquí me está vedada) (1), es el único resto subsistente del monasterio de monjas Benedictinas, fundado por Sancho II en el año

(1) Véase el artículo "Santa Cruz de la Serós., publicado en la *España Moderna*, correspondiente al 1.º de Octubre.



987, y reconstruído en 1076 por la Infanta D.<sup>a</sup> Sancha, hija de Ramiro I.

Lo que hoy existe se compone de una nave coronada por un ábside semicircular, cubierta con cañón de medio punto: á ambos lados, y formando los brazos de la cruz, hay dos recintos cuadrados, con bóvedas nervadas de caracteres toscos y primitivos. La puerta tiene en la archivolta grueso baquetón, y en el tímpano el lábaro esculpido. Lo más interesante del monumento es la linterna del crucero y la torre levantada sobre el brazo de la derecha de los dos que tiene la planta. La linterna es un recinto aislado por completo de la iglesia, para subir al cual, antes como ahora, hay que colocar una escalera accesoria, fácilmente desmontable. Se comunica con la torre por una puerta, sin que aquélla tenga tampoco otra entrada. Como se ve, estas dos partes de la construcción parecen dispuestas para servir de refugio en caso de ataque de huestes enemigas. Y si esta disposición es de interés arqueológico, éste sube de punto si estudiamos los elementos arquitectónicos.

La linterna, de planta cuadrada, tiene en los cuatro ángulos sendos nichos que la convierten en octogonal, y sobre esta forma asienta una cúpula semiesférica, reforzada por dos arcos cruzados que se apoyan en columnas adosadas á los lados principales del octógono. Tenemos, pues, un ejemplar curiosísimo de cúpula, de grande importancia en el proceso de esta forma en nuestra Arquitectura. La torre se cubre también con cúpula sobre trompas. ¿Quién creyera encontrar entre aquellas breñas un monumento de tan alto interés arqueológico? ¿Ni quién se había ocupado hasta ahora de esta joya con la extensión que merece? ¡Y pensar que perdidos por montes y llanos habrá todavía tanta curiosidad sin descubrir en España!

Á la una de la tarde siguiente tomábamos en Jaca el tren que iba á dejarnos en Madrid, después de diecisiete horas de viaje. Nuestra expedición había terminado, y fuerza era volver á la prosa de la cotidiana labor. Porque durante aquellos días empleados en la admiración y el estudio de tanta obra notable, habíamos vivido una vida ideal, sintiendo todos los entusiasmos y todas las embriagueces que tales excursiones causan; pero experimentando á la par el curioso é impotente deseo de escudriñar el origen, analizar las formas y conocer la serie de hombres que dieron forma á aquellas maravillas del arte. Quédase la realización de tales aspiraciones para otras inteligencias; que el que esto escribe cree cumplido su propósito con la rápida enumeración de las impresiones de su viaje.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,

*Arquitecto.*

Madrid, Septiembre de 1899.

## SECCIÓN DE CIENCIAS HISTÓRICAS

### INVESTIGACIONES

SOBRE LA

### HISTORIA DEL AJEDREZ

(Continuación.)

#### III

Apenas el ajedrez fué conocido por los árabes, cuando aparecieron tratados sobre este juego: el más antiguo que conocemos tiene por autor á Abul-Abbás, muerto en Bagdad en 899. Pronto le siguió el de Al-Sulí, el Filidor árabe, que escribió también un tratado sobre el ajedrez y que podía jugar varias partidas á la vez sin ver los tableros. Estas dos obras están citadas con mucha frecuencia en las de los autores árabes posteriores. Se han encontrado extractos de ellas en dos manuscritos que existían no hace mucho en la biblioteca del Dr. Lée, en Inglaterra, pero que desgraciadamente



se han extraviado ó perdido. El nombre de Al Sulí llegó á ser popular, y su reputación fué tal, que aun hoy, el mayor elogio que puede hacer un árabe de un jugador de ajedrez, es de llamarle un Sulí.

El talento de jugar sin mirar el tablero, se ha manifestado, como se ve, desde los primeros tiempos de la propagación del juego: los autores árabes aseguran que, no solamente los compañeros del profeta jugaban al ajedrez, sino que algunos podían jugarlo por detrás, esto es, sin ver el tablero.

Juan Villani refiere en su *Historia de Florencia*, que en 1266 se vió á un sarraceno jugar en el palacio del pueblo, á presencia del conde Novello, tres partidas de ajedrez á la vez contra los mejores jugadores de Florencia; jugaba una de las partidas con un tablero delante de él y los otros dos sin la ayuda del tablero: dos de estas partidas las ganó y la tercera fué tablas.

El ajedrez era el entretenimiento favorito del célebre Tamorlán, y de este juego proviene el nombre de su cuarto hijo. Se cuenta que Tamorlán jugaba y acababa de anunciar á su contrario un jaque doble de rey y torre, que le aseguraba la victoria y á que los orientales llamaban *shah rukh*, cuando en el mismo momento se presentó su chambelán anunciándole el nacimiento de su cuarto hijo. Los cortesanos le felicitaron por el feliz presagio que constituía aquella coincidencia, y por ello se decidió que el recién nacido se llamase Shah-Bukh, bajo cuyo nombre es conocido en la historia.

El más célebre de los jugadores de este tiempo, era Ali, apellidado *Shatranji*, el Ajedreista, que jugaba amonado sin ver el tablero.

El recuerdo de estas antiguas proezas se había perdido completamente cuando Filidor las renovó en el siglo XVIII: se creyó entonces ver un fenómeno completamente nuevo; esta circunstancia explica los transportes de asombro que produjo el suceso entre los aficionados á este arte difícil.

La obra más antigua compuesta en Europa sobre el ajedrez, es notable bajo muchos puntos de vista: su título es: *Cessol (Jacob) seu de Thessalonica. Incipit solatium ludi Schacorum scilicet regiminis ac morum hominum et*

*officiorum vivorum nobilium*, etc. Se ha supuesto este libro escrito hacia 1290, pero según Mr. Leber es de fecha mucho más reciente. «He examinado—dice—todos los manuscritos latinos y todos los manuscritos franceses de esta obra, conservados en la Biblioteca Real, y he aquí la opinión que este examen me induce á mirar como expresión de la verdad. Poco tiempo después de la publicación del famoso libro *De regimine principum de Gilles de Rome*, muerto en 1316, un dominicano llamado Jacobo de Cessoles, habiendo leído atentamente esta obra, se decidió á aplicar á las piezas del ajedrez las instrucciones dadas á toda clase de personas por el célebre arzobispo de Bourges. Tomó un día por texto para un sermón la semejanza que se establece fácilmente entre los reyes, ministros, nobles, prelados, magistrados y gente del pueblo, y el rey, reina, caballo, peón, etc.: de aquí salieron enseñanzas que obligaron al predicador á dividir sus paralelos en varios discursos. Se le cumplimentó mucho por el procedimiento; se le pidió que lo escribiese, y poco después, dos autores franceses, Juan de Vignay y Juan Ferrón, tradujeron el largo sermón de Jacobo de Cessoles. Ambas traducciones se han conservado. La primera está hecha seguramente de 1318 á 1350.

La primera edición del tratado latino, hoy sumamente rara, forma un in-folio de treinta y nueve hojas impresas sin foliaturas, reclamos ni signaturas, con treinta y dos líneas cada página y caracteres de los que usaban en Utrecht en 1473, Nic. Ketelaer y Gerard de Leempt. Fué traducido al inglés por Caxton é impreso por él en 1474. Siendo esta traducción también muy rara, con la particularidad de que los bibliófilos le tienen en el segundo libro impreso en Inglaterra y el primero en que se emplearon los caracteres de metal. El primer libro que Caxton imprimió fué una traducción al inglés de *Recueil des Histoires de Troye*, cuya rareza es tal que, en la venta de la librería del duque de Roxburgh, se pagó por uno la suma de 26,500 francos. Hay quien cree que no se imprimió en Inglaterra, sino en Colonia en 1472, en cuyo caso el libro



del ajedrez sería el primero de los impresos de la Gran Bretaña.

Sin embargo de lo expuesto, tratado de ajedrez propiamente dicho no se publicó en Europa, que se sepa, ninguno antes del titulado así: *Libre del jochs partitis del Scachs en ombre de 100, per Francesch Vicent*, impreso en Valencia con la fecha de 15 de mayo de 1495. Se duda que quede hoy algún ejemplar, pues el último de que se tenía noticia se cree que se perdió en el incendio del monasterio de Monserrat, junto á Barcelona, en 1834.

Hacia la misma época se imprimió igualmente en España un folio pequeño de 237 páginas, titulado: *Repetición de Amores y arte de axedres con C. L. juegos de Partido*, por Lucena. Esta obra es rarísima; se sabe de dos ejemplares que poseen el Museo Británico y la Biblioteca de Río-Janeiro y un tercero ha encontrado en este siglo, Mr. Heydebrand von der Laza, que lo ha reproducido en Leipzig en 1860. El libro no tiene fecha; pero como está dedicado al príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y este príncipe murió en 1498, se supone que es muy poco posterior á la obra del valenciano Vicent. El autor se llamaba Juan de Lucena, y se supone que el apellido es derivado de su patria, Lucena, en el Maestrazgo.

En 1512 se publicó por primera vez en español é italiano, el célebre tratado de Damiano *Libro da imparare giocare a Scacchi*, etc., que contiene varias salidas y una hermosa colección de problemas: una de estas salidas, aunque ya la había dado Lucena, conserva el nombre de *gomito ó gambito* de Damiano. Durante mucho tiempo el tratado de Damiano fué considerado con razón como el mejor conocido, lo que dió lugar á que lo plagiasen D. Antonio Porta, que sin variarle una sílaba le reimprimió como suyo dos veces: una en 1606 y otra en 1618.

Unos cincuenta años después de Damiano apareció el libro de Ruy López de Sigura, cuya vanidad, tan aparente en sus escritos, estaba destinada á recibir un gran jaque en presencia de su protector Felipe II; he aquí como ocurrió esto:

Bajo el pontificado de Gregorio XIII un joven de Cutri, en la Calabria, llama-

mado Leonardo, se trasladó á Roma para estudiar leyes; pero un talento natural y una inclinación irresistible le empujaban hacia el ajedrez. Llegó en poco tiempo á ser tan ducho que les ganaba á los más famosos jugadores, los que á causa de su juventud y de la pequeñez de su cuerpo le apodaron el Niño: *il puttino*. Ruy López, que se encontraba entonces en Roma, y que estaba reputado por el mejor jugador de Europa, buscó á Leonardo para medirse con él y le ganó en dos sesiones seguidas.

Tan molesto se encontró *il puttino* con su derrota que abandonó á Roma y se fué á Nápoles y durante dos años se dedicó exclusivamente al estudio y á la práctica del ajedrez. Desde Nápoles se trasladó á su casa, donde al llegar, supo que un hermano suyo había caído cautivo de unos corsarios y decidido á rescatarle, le buscó, ajustando el rescate en doscientas coronas. Durante este trato averiguó que el corsario era muy aficionado al ajedrez, é invitándole á jugar, no sólo le ganó el precio del rescate sino doscientas coronas encima. Con este dinero se trasladó á Nápoles y de allí á Génova, Marsella y Barcelona, jugando en todas partes con los primeros espadas y siempre victorioso y desde esta última población se trasladó á Madrid, donde encontró de nuevo á su antiguo adversario Ruy López, y tuvo la gloria de vencerle en presencia de Felipe II, que era gran aficionado y jugador de ajedrez. El rey le regaló con este motivo alhajas, vestiduras preciosas y mil coronas. Después visitó Portugal y de vuelta en su patria, fué envenenado, según se dice, por un rival pérfido, muriendo á la edad de cuarenta y seis años.

En este tiempo aparecieron las obras de ajedrez de Gianuzio, Salvio, Carrera, y finalmente, el voluminoso libro en folio llamado "*IV Bücher von Schach- und Königs Spiel*", bajo el seudónimo de Gustavo Selenus, del que era autor Augusto, duque de Brunswick-Luneburgo. En esta obra es donde encontramos citada por primera vez la aldea de Ströbeck.

Esta aldea está situada entre Halberstadt y Brunswick. La habilidad de sus habitantes en el ajedrez es conoci-



da desde hace varios siglos. He aquí una noticia sobre el establecimiento y práctica del juego en este lugar:

Hacia fines del siglo XV, un dignatario de la catedral de Halberstadt fué desterrado á Ströbeck. Abandonado por sus antiguos amigos, se sorprendió grandemente de la acogida, llena de cordialidad, que le dispensaron los aldeanos y largo tiempo estuvo ideando la manera de demostrarles su reconocimiento. Se dedicó á darles buenos consejos y sabias instrucciones para la vida, y finalmente, á enseñarles el ajedrez. La afición á este juego se despertó pronto entre ellos y sus buenos efectos se hicieron palpables por el cambio y mejoramiento de las costumbres con lo que el desterrado sintió dulce complacencia. Perdonado algún tiempo después llegó á ser obispo de Halberstadt. La alta dignidad no le hizo olvidar su querido Ströbeck; iba á allá con frecuencia é hizo útiles fundaciones, entre ellas una escuela gratuita, pero con la condición precisa de que el maestro enseñase á los discípulos á jugar al ajedrez y en la que en los exámenes anuales los premios consistiesen en juegos y tableros. Por este medio el prelado perseguía un fin más elevado que el de darles un entretenimiento; esperaba que, dando á los aldeanos la afición á un juego que exige un constante esfuerzo de imaginación y un ejercicio constante de las facultades intelectuales, les retiraría de los juegos de riesgo, así como de los vicios y desórdenes que de ellos emanan. Su esperanza se vió cumplida. Los habitantes de Ströbeck se dedican al ajedrez en los momentos de esparcimiento y adquieren pronto gran habilidad; la afición llegó á ser general; los padres enseñan á los hijos; las madres á las hijas; el tablero paternal se transmite de generación en generación y las familias se ven animadas de grato estímulo para aventajarse en habilidad. La celebridad de Ströbeck se extendió por toda Alemania; jugadores notables se trasladaron á allí para medir sus fuerzas y á menudo los aldeanos salían victoriosos.

RAFAEL RAMÍREZ DE ARELLANO.

(Concluirá.)

## REVISTA DE REVISTAS

ANNALES DE LA FACULTÉ DES LETTRES DE BORDEAUX ET DES UNIVERSITÉS DU MIDI.—Son ya resobado lugar común la ligereza y el atrevimiento (llamémoslo así) con que los extranjeros (los franceses sobre todo) se ocupan de nuestras cosas. Ciertamente que un cúmulo de circunstancias, que no es del caso analizar ahora, ha hecho que más allá de la frontera la gran masa de los lectores nos dispensara poca atención, y que por tanto, se la prestase excesiva á los que en busca de un éxito fácil, nos pintaban como extraño pueblo de hidalgos, bandidos, toreros y manolos, entre degenerado y primitivo.

Mas para hablar del asunto con conocimiento de causa, era preciso que los que tan á menudo sacan á colación á Dumas ó Gautier (casi siempre sin haberlos leído), juntaran á la crítica de los viajes *pintorescos* el justo aprecio que merecen los extranjeros consagrados á la investigación seria y al estudio imparcial de la historia, la literatura y el arte españoles: nombres como los de Hübner, Justi, Farinelli, Street, Stirling, Cunningham, Dozy, Merimée, Davillier, Morel-Fatio ó Foulché Delbosch, para no apuntar, por vía de ejemplo, más que los primeros que acuden á los puntos de la pluma, merecen toda nuestra gratitud por el amor y la simpatía que nos muestran y por las provechosas enseñanzas que sus trabajos encierran.

En esa pléyade de beneméritos hispanófilos ocupan distinguido lugar los sabios catedráticos de las Universidades de Aix, Burdeos, Montpellier y Tolosa, que redactan la publicación objeto de estas líneas. Dividense los *Anales* en dos Revistas trimestrales, consagrada la una á la Historia y la Arqueología (*Revue des études anciennes*), y la otra á la Filosofía y á la Literatura (*Revue des lettres françaises et étrangères*). A estas dos secciones de los *Anales* hay que agregar desde hace poco una tercera (el *Bulletin hispanique*), órgano de la *Société de Correspondence Hispanique*, establecida en Burdeos y en Tolosa. Tiene por objeto el *Boletín* recoger los numerosos é interesantes trabajos sobre Espa-



ña, que llenan buena parte de las otras dos publicaciones y completarlas con una sección dedicada especialmente al estudio de la Edad Media en la Península Ibérica.

Un notable artículo de Mr. Imbart de la Tour explana los fines que persigue la nueva Revista, inspirados en los más nobles sentimientos de fraternidad. Duélese el autor de que se halle tan poco difundida entre sus compatriotas la noción exacta y justa de España y de los españoles (1), cuando tan indispensable es conocerse para amarse, y pondera en elocuentes frases el alto papel que la Providencia quiso reservar á nuestra patria en los destinos del mundo (2). No hay, ciertamente, en las palabras del respetable profesor más que debido homenaje á la verdad; pero es grato escucharla

cuando suele andar tan desconocida y vilipendiada, y es consolador encontrar, siquiera en la región pura y levantada de la ciencia, espíritu de justicia y sentimientos de afectuosa simpatía, no muy frecuentes en tiempos en que el egoísmo y la concupiscencia aconsejan justificar el éxito, volviendo la espalda al caído, negándole méritos y servicios, y haciéndole responsable por igual de sus culpas y de sus desgracias.

Bien venida, pues, la reciente publicación que aporta en Francia nuevos y valiosos operarios al campo cultivado ya por la *Revue Hispanique* (de Foulché Delbosch), y cuente con el modesto concurso de la Sociedad Española de Excursiones.

He aquí ahora nota de los principales trabajos contenidos en los últimos números recibidos del Boletín.

**Enero á Junio.**—*Tête d'enfant, marbre grec trouvé à Carthagène*, por Pierre París, con lámina; la hermosa escultura de que se trata existe en el Museo de aquella ciudad.—*La plaine de la Consolation et la ville iberique d'Ello*, por Pascual Serrano Gómez. Ello es la ciudad próxima al famoso Cerro de los Santos, de la cual era éste, según Fernández Guerra, no mas que anexo ó suburbio. El insigne arqueólogo la coloca en el Monte Arabi, término de Yelca; el Sr. Serrano, con razones dignas de ser meditadas, le da por asiento el llano de la Consolación (2 kilómetros al Sudoeste de Montealegre).—*Nouvelle découverte à Elche* (el de un pedazo de estatua de guerrero en la célebre loma de la Alcudia), por Pedro Ibarra. *Le traité de paix entre l'Espagne et les Etats Unis*, por Frantz Despagne, profesor de Derecho internacional en la Universidad de Burdeos.—*Ornement en bronze trouvé à Marchena*, por Pierre París, con lámina. Es un bronce muy curioso en que se representa la lucha de un héroe con una amazona. (¿Aquiles y Penteselea?) Sirvió tal vez de remate á una bandera.—*Un nouveau roi wisigoth*, por G. Cirot; se trata

(1) "Un buen discípulo de nuestras facultades—dice el Sr. Imbart,—sabe poco de la España antigua; de la España moderna solamente lo que le enseñan su periódico y algún poeta romántico. Es preciso ser un especialista para atreverse á hacer el paralelo de Velázquez y Tiziano ó Rembrandt; es preciso ser un ratón de biblioteca para interesarse por Calderón; sólo es conocido Cervantes pero ¡cuántos le conocen mal, y cuántos toman por puro entretenimiento un libro que debería hacerles pensar, ó no ven más que una divertida bufonada en la más profundamente triste de las historias humanas!"

(2) "¿Qué pueblo ha prestado mayores servicios á Europa que el de los descendientes de Pelayo, que rechazó como nosotros el Islam, salvó el Cristianismo y con él el espíritu de libertad y el ideal caballeresco? ¿Qué pueblo ha prestado mayores servicios á Francia en uno de los momentos más críticos de nuestra historia, en aquel duelo secular contra Inglaterra, en que sólo la Monarquía española y el Pontificado se unieron á nosotros? ¿Qué sociedad más original, más personal que la sociedad feudal de Castilla ó de Cataluña, que ha dejado tan bellos monumentos de sus creencias, é instituciones tan duraderas, animadas de su espíritu? ¿Qué época más brillante, más fecunda que el siglo de un Carlos V ó de un Felipe II, ni cuál otra ha esparcido más vivo resplandor por el mundo europeo? El descubrimiento y la colonización de todo un continente, la transformación de las vías comerciales y de las condiciones económicas, la reforma del catolicismo por el Concilio de Trento, el ascetismo, la rigidez del dogma, obras, sobre todo, de la Iglesia de España; el admirable renacimiento literario que crea el teatro y la novela y renueva la pintura; tal es la parte de España en el progreso general. Y ya se ve por lo que hemos tomado de ella la influencia que ha tenido en nuestras concepciones religiosas, morales, literarias. A decir verdad, en esta restauración intelectual de fines de la Edad Media, España ocupa no solamente el primer lugar, sino un lugar aparte de todas las naciones europeas. Quizá sea la que más se debe á sí misma: ningún genio ha sido más espontáneo que el suyo, ni ha buscado de un modo más absoluto en la historia, las tradiciones ó el temperamento nacionales, los elementos de sus creaciones. Nosotros hemos tenido á Rabelais ó á Ronsard, pero España tiene á Lope de Vega y Cervantes. A Tiziano, Rafael y Vinci puede oponer su Murillo, su Rivera, su Velázquez; á Shakspeare su Calderón; y en todo caso cabe preguntar si no es más original el renacimiento español que el renacimiento italiano, y aun que el renacimiento francés; si el arte de sus maestros no ha de ser proclamado el mejor, ya que no por los procedimientos, la pureza de las líneas, la belleza plástica, al menos por el vigor de las concepciones, el relieve de las formas, el sentimiento profundo de la naturaleza y de la realidad, cualidades todas que hacen de sus obras maestras, no una copia académica, sino una reproducción más ó menos per-

fecta de lo bello, y lo que vale más, una traducción de la vida...

Larga es la cita, pero no hemos podido resistir al deseo de transcribirla. Ella es la mejor respuesta que puede darse á aquella insolente pregunta de la *Enciclopedia*, "¿Qué se debe á España?" pregunta que hace ya un siglo motivaba enérgica réplica por parte del ilustre Forner.



de la moneda gótica dada á conocer por Engel, que lleva la leyenda D. NE SVNIEFREDVS RE (probablemente un caudillo rebelde de los primeros tiempos de Recesvinto).—*Armando Palacio Valdes*, estudió crítico por L. Bordes.—*Bibliographie*, etc.

**Julio á Septiembre.**—*Une entente intellectuelle avec l'Espagne*, por P. Imbart de la Tour (es el artículo de que se ha hecho mención más arriba).—*L'âne de Silene, ornement d'un biseilium de bronze trouvé en Espagne*, por Pierre París, con lámina (estudio del precioso fragmento que posee nuestro distinguido consocio D. Antonio Vives).—*Godet* (canjilón de noria) *provenant des mines de Coronada* (Huelva), por Arthur Engel.—*Epistola scripta in latere nondum cocto et nuper inventa in Hispania, cum commentario Emilii Hübnner*.—*L'instruction de Charles V à son fils Philippe II, donnée à Palamós le 4 Mai 1543*, por Alfredo Morel Fatio. Esta instrucción y la del 6 de Mayo, ambas interesantísimas, eran ya hace tiempo conocidas: la segunda fué publicada por Valladares (1), y la una y otra vieron la luz en la colección de Karl Lanz (2); sin embargo, como las tales ediciones están viciadísimas, es muy de estimar el texto depurado que publica Mr. Morel Fatio, el cual ha podido trasladarlo fielmente del original que radicaba en el Ministerio de Estado de España, y que ha sido recientemente sustraído y puesto á la venta en París en Marzo último (3).—*Victor Hugo et la littérature espagnole*, estudio crítico por Georges de Gentil.

REVISTA DE ARCHIVOS BIBLIOTECAS Y MUSEOS (4).—**Febrero del 99.**—*Manuscrito de alquimia del siglo XV, perteneciente á la Biblioteca Nacional*, por Rodríguez Mourelo.—*Ídolos ibéricos encontrados en la Sierra de Úbeda y pertenecientes al General Espeleta*,

(1) *Semanario Erudito*, tomo XIV.  
(2) *Staats papiere zur geschichte des Kaisers Karl V*, Stuttgart, 1845.

(3) Llamamos la atención de quien corresponda sobre el hecho gravísimo que denuncia el Sr. Morel Fatio.

(4) Para evitar repeticiones no citaremos, ocupándonos del número en que continúan, los trabajos mencionados ya al extractar el número en que empiezan. Por eso prescindimos hoy de algunos tan interesantes como el de M. Pelayo sobre Prisciliano, el *Indicador de crónicas religiosas y militares de España*, por García Pérez, el *Índice de procesos inquisitoriales del Archivo Histórico*, y el de *Piezas dramáticas, manuscritos de la Biblioteca Nacional*, y otros artículos que apuntamos oportunamente cuando dieron principio.

por José Ramon Mélida.—*El periodismo en Cataluña desde mediados del siglo XVII*, por Antonio E. de Molíns.—*Sección de documentos*: Provisión de D. Felipe II (29 de Agosto de 1560) para que no se haga el coro en medio de la navé mayor de la Catedral de León "por que si la dicha nabe se atajaba con el coro se perdería la buena gracia y ornato que thenía la dicha Iglesia" (1).

**Marzo y Abril.**—*Las cuevas de Bocairrente*, por Luis Tramoyeres, con fototipias. Estas habitaciones prehistóricas son interesantísimas y merecen atento estudio comparativo con las similares que hay en algunos otros puntos de España (2).—*Pedro de Valencia*, por Serrano y Sanz; estudio biográfico y crítico del insigne polígrafo español, mucho menos conocido que debiera serlo; con copiosas citas de sus obras, particularmente de las inéditas.—*Compluto romana*, por J. D. Calleja, con inventario de las antigüedades romanas descubiertas en Alcalá de Henares.—*Sección de documentos*: "Fuero de Agüero", *Crónica de Archivos, Bibliotecas y Museos*: I.º "Inscripción romana de Entrambas aguas (Terüel)", traducida por Hübnner—II. "Descubrimientos arqueológicos en Galicia" (*torques* de oro de Mondoñedo).—III.—Notas de viaje, recogidas por el Sr. Villaamil en sus excursiones por Galicia (bronces de una arqueta, hasta aquí ignorados de los arqueólogos y propiedad del Cabildo de Orense (3); virgen abridera de Allariz (4); cruz de cristal del mismo convento (5).—IV. "Ermita del Santo Cristo de la Luz en Toledo", (la inscripción recientemente descubierta).—V. "Colección completa de estampas

(1) Por desgracia la Real provisión fué guardada y no cumplida.

(2) En Perales de Tajuña, Salas de los Infantes, Fuente Podrida, en las márgenes del Cabriel, Jorquera y Chella, término de Enguera. No falta distinguido compañero nuestro que opina que estas habitaciones distan mucho de ser prehistóricas. Es probable que el BOLETIN se ocupe pronto de cuestión tan interesante.

(3) Estos bronces pertenecen al siglo XII ó al XIII, y tienen preciosos esmaltes de Limoges: uno de ellos lleva el nombre y el retrato del autor, Alfonso Arerí.

(4) La misma de que recientemente se ha ocupado el propio autor en nuestro BOLETIN. Véase el número 77 de l.º de Julio último.

(5) "Es de cristal de roca, flordelisada, con adornos de estatuitas en la misma disposición, pero de mayor tamaño, que la conocida de la Santa Espina que se conserva en Santiago, y con el pie todo cubierto de un admirable esmalte bizantino sobre placas de oro. Acaso sea el ejemplar más rico y curioso de orfebrería de la Edad Media en Galicia."



de D. Bartolomé Maura, recientemente adquirida por la Biblioteca Nacional.

**Mayo.**—*Diego Velázquez en la Orden de Santiago*, por Francisco R. de Uhagón, con documentos interesantes.—*Velázquez en la sección de estampas de la Biblioteca Nacional*, estudio, con láminas, de los dibujos y grabados del insigne artista que se conservan en aquel establecimiento, por A. Barcia.—*Bibliografía de Velázquez*, española y extranjera, por José R. Mélida.—*Sección de documentos*: "Carta de edificación en la muerte del Hermano de la Compañía (de Jesús) Alonso Matías", (1).—*Crónica*: "Epitafios de españoles en la iglesia de Nieuport (Flandes)".

**Junio.**—*Adiciones a la bibliografía de Velázquez*, publicada en el artículo anterior, por J. R. Mélida.—*Nuestra Señora de Trianos* (monasterio próximo a Sahagún), por I. Olavide.—*Intorno ad alcuni recenti lavori italiani di storia romana antica*, por Francesco P. Garófalo.—*Sección de documentos*: "Cartas inéditas de Lope de Vega y del Brocense", esta última con traducciones castellanas de Ausias March.—*Crónica*: I. "El Códice amiatino de la Biblia", por Ignacio Herrera, Escolapio.—II. "Bronce antiguo, descubierto en Puente Genil", por José R. Mélida, con lámina (2).

**Julio.**—*El Justicia de Aragón, Martín Díez de Aux*, por A. Jiménez Soler.—*Apéndices al estudio sobre Pedro de Valencia*: Partida de bautismo de éste; carta del mismo a D. Luis de Góngora en censura de sus poesías (3).—*Alfonso de Castro*, estudio biobibliográfico, por Eloy Bullón.—*Notas arqueológicas de Carmona*, por Jorge Bonsor, con nota y lámina de las hiposandalias (4), que han llegado

hasta nosotros.—*Sección de documentos*: Cuatro Reales órdenes curiosas de los años 1818, 1830 y 1831. Cartas inéditas de Juan Antonio Tarsis y de Quintana.

BULLETÍ DEL CENTRE EXCURSIONISTA DE CATALUNYA.—**Febrero.**—*Lo castell de Montbríó*, por J. Miret y Faus.—*Ascensió al Pic d'Aneto* (Maladetta), por M. Font y Torné.

**Marzo.**—*Excursió a la Pobla de Segur y sa comarca*, por Ceferi Rocafort.

**Abril.**—Continuación de trabajos comenzados en números anteriores.

**Mayo y Junio.**—*Lo priorat de Bonrepós y les pretencions de la Mitra d'Urgell en 1786*, por el Dr. Jaime Pasqual.

REVISTA DE LA ASOCIACIÓN ARTÍSTICO ARQUEOLÓGICA BARCELONESA.—**Mayo-Junio y Julio-Agosto.**—*Estudios epigráficos. Vicisitudes de una polémica crítica histórica en el siglo que está ya para concluir* (sobre las antigüedades descubiertas en el cerro de Merugán, cerca de Granada), por R. de Berlanga.—*Anals inédits de la vila de la Selva del Camp de Tarragona*, por J. Pié.—Domenico Theotocópuli (el Greco), por G. J. de Guillén García.

REVISTA CRÍTICA DE HISTORIA Y LITERATURA.—Se han publicado recientemente los números que faltaban de esta Revista correspondientes al año pasado. He aquí nota de los trabajos publicados en los números que pertenecen al año actual.

**Enero-Febrero 1899.**—*Notas críticas. Scriptura privada ó la fi del Conde d'Urgell*, crónica del siglo XV, por A. Jiménez Soler.—*O auto dos esquecidos*, por F. García.—*Dietari del antich Consell de Barceloni* (bibliografía), por A. Elías de Molins.—*Obras y estudios sobre la historia de la literatura castellana* (papeletas bibliográficas), por A. Elías de Molins.—*Costumbres funerarias de la provincia de Teruel*, por Severiano Doperto.—*Algunas notas sobre la historia de España*, por Francisco P. Garófalo.—*La imprenta en Europa en los siglos XVI y XVII*.

**Marzo-Abril.**—*Libros de caballería. Amadis de Gaula*, por Buenaventura C. Aribau. (De los apuntes que tenía reunidos para el tomo correspondiente de la *Biblioteca de autores españo-*

(1) Es el autor del famoso retablo mayor de la Catedral de Córdoba; de aquél se tienen escasas noticias; la carta de edificación nos cuenta su desastrada muerte ocurrida, como la de Murillo, a consecuencia de haberse caído de un andamio.

(2) Es una diminuta pantera con incrustaciones de plata; su estilo participa de elementos orientales y helénicos. Pertenece a la selecta colección de D. A. Vives.

(3) Esta carta, como todas sus obras, personifica en Pedro de Valencia la moderación y el buen sentido. De ella hizo un extracto M. Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas*; pero el texto íntegro, si no estamos equivocados, se publica ahora por primera vez.

(4) Calzado especial que los romanos ponían a los caballos enfermos.



les, de Rivadeneyra.—*Rubió y Ors, historiador*, por Cosme Parpal.

**Mayo-Junio.**—*Verdadera significación histórica del tamborcillo de Sampedor*, por C. Soler.—*Velásquez*, por Francisco Miquel y Badía.

Todos los números de esta Revista contienen además interesantes artículos bibliográficos y necrológicos de actualidad.

**RESUMEN DE ARQUITECTURA.**—**Mayo-Junio.**—*La arquitectura en la Exposición de Bellas Artes*, por Repullés y Vargas.—*Animales y monstruos de piedra*, por Serrano Fatigati.

**Julio-Agosto.**—*Breves reflexiones acerca del concepto actual del arte arquitectónico*, por Vega y March. En la crónica del número de Agosto lamenta el Sr. Lampérez, con razón sobrada, las dificultades casi insuperables que impiden visitar la vieja Catedral de Lérida (1).

**SOLUCIONES CATÓLICAS.**—2.<sup>a</sup> época. (Núms. 1 y 2.—1.<sup>o</sup> y 15 **Julio** y 1.<sup>o</sup> de **Agosto.**—*Biografía de Calixto III*, por Urbano Ferreiroa.—*El culto de 24 santos mártires en Santa Catalina de Valencia*, por R. Chabás.—*Reseña histórica en forma de Diccionario, de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España hasta el año 1868*, por el Barón de Alcahalí; bibliografía de este libro importantísimo, de D. José E. Serrano Morales, que recomendamos á nuestros lectores.

Por último, han visitado nuestra redacción el *Boletín de la Sociedad*

(1) Duras son sus frases, pero es tan triste la suerte del insigne monumento, y merece tanto que se le ponga remedio, que no podemos menos de reproducir aquéllas por si de algo sirve divulgarlas: "Si merced á recomendaciones—dice el distinguido arquitecto,—obtiénese un pase de la galante, pero ordenancista, autoridad militar, sólo es á fuerza de justificar el objeto puramente artístico que á uno le guía, pues ya es sabido que las fortificaciones son cosa sagrada, y acaso en el que parece inocente visitante puede ocultarse un Dreyfus que trate de vender al enemigo los secretos de la defensa nacional; y los tales secretos que se ocultan en el castillo de Lérida son baluartes casi ruinosos, puentes que seguramente no funcionarían en caso necesario y media docena de cañones sin cureña y de los sistemas que se usaban cuando el gran Vauban impuso su criterio á la ciencia militar! La cosa resulta cómica; pero de un cómico que hace llorar, porque prueba por igual nuestra miseria, que no ha consentido gastar un puñado de pesetas en construir un cuartel; nuestra falta de cultura, que permite y autoriza la destrucción de un monumento histórico y artístico de subido mérito y... otras cosas más tristes que no es éste el sitio de analizar... Por supuesto, que en Perpiñán pasa lo mismo. ¡En todas partes cuecen habas!

*Unión Hispano-Mauritánica y el Boletín del Instituto Hispano-Americano* de Adrogué.

## SECCIÓN OFICIAL

La Sociedad de Excursiones en Noviembre.

La Sociedad Española de Excursiones realizará una á SEGOVIA y SANTA MARÍA DE NIEVA en los días 18, 19 y 20 de Noviembre, con arreglo á las condiciones siguientes:

*Salida de Madrid:* Sábado 18, á las 7 de la noche en el expreso; llegada á Segovia, 10 y 1 minutos de la noche.

*Salida de Segovia:* Domingo 19, á las 10 y 9 minutos de la noche; llegada á Santa María de Nieva, 11 y 4 minutos de la noche.

*Salida de Santa María de Nieva:* Día 20, á las 2 y 44 minutos de la tarde.

*Llegada á Madrid:* 6,55 de la tarde.

*Monumentos que se visitarán.*—En Segovia: Acueducto, Catedral, parroquias de San Martín, San Millán, San Esteban etc. restos del Corpus, Monasterio del Parral, Alcázar, etc.

En Santa María de Nieva: Iglesia (hoy parroquia) y claustro del antiguo convento de Dominicos.

*Cuota.*—Cuarenta y seis pesetas: en las cuales van incluidos, billetes de ida y vuelta en segunda, coches desde las dos estaciones á las poblaciones, *lunch* en el tren á la ida, manutención completa y gasto de café del día 19 en Segovia, habitación, desayuno y almuerzo del 19 al 20 en Santa María de Nieva y gratificaciones diversas.

Las adhesiones, hasta el día 18 á la una de la tarde, á casa del Sr. Presidente de la Sociedad, D. Enrique Serrano Fatigati, Pozas, 17, 2.<sup>o</sup> derecha.

Cada excursionista deberá hallarse en la estación quince minutos antes de la salida del tren.

Madrid, 1.<sup>o</sup> de Noviembre de 1899.